

SUICIDIO, MEMORIA Y TESTIMONIO EN LA OBRA “LO QUE NO TIENE  
NOMBRE” DE PIEDAD BONNETT

JUAN ESTIVES AGUIRRE URQUIJO.

UNIVERSIDAD SANTO TOMÁS  
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS  
LICENCIATURA EN FILOSOFÍA Y LENGUA CASTELLANA  
BOGOTÁ

2020

SUICIDIO, MEMORIA Y TESTIMONIO EN LA OBRA “LO QUE NO TIENE  
NOMBRE” DE PIEDAD BONNETT

TRABAJO DE GRADO PARA OPTAR EL TÍTULO DE  
LICENCIADO EN FILOSOFÍA Y LENGUA CASTELLANA

AUTOR

JUAN ESTIVES AGUIRRE URQUIJO

DIRECTORA

MYRIAM JIMÉNEZ QUENGUAN  
PHD

UNIVERSIDAD SANTO TOMÁS  
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS  
LICENCIATURA EN FILOSOFÍA Y LENGUA CASTELLANA  
BOGOTÁ

2020

## **Agradecimientos**

A Dios, a la vida, a mis padres, a mi hermano y a mi abuela por darme el privilegio de continuar con mis estudios de Educación Superior, los cuales, desafortunadamente siguen siendo eso, un privilegio, al que muchos jóvenes del país no pueden acceder.

A la Universidad Santo Tomás, por ser el lugar de conocimiento, de reflexiones, de vivencias y anécdotas que marcaron el transitar de mi vida académica. A sus profesores, entre ellos, a Claudia Giraldo, Juan Cepeda H., Martha Patiño, Gloria Isabel Reyes, Leonor Bonilla, Ninfa Cárdenas, Luis Alfonso Ramírez, entre otros, que me motivaron y enseñaron con su ejemplo, lo que es ser un profesor inspirador. Asimismo, a Patricia, Nury y Tatiana, por estar siempre pendiente de mí y motivarme en los momentos difíciles.

A mi asesora, Myriam Jiménez, por su comprensión y disposición para ayudarme en el transitar de la tesis. Por sus asesorías, charlas y consejos que orientaron la forma de abordar la narrativa de la escritora Piedad Bonnett.

A Piedad Bonnett, por atreverse a escribir la historia de su hijo Daniel Segura Bonnett, que aunque dolorosa, nos recuerda que “la vida es física”, pero al mismo tiempo, que la literatura y la escritura logran dar otro tipo de vida, una en la que las palabras logran “darle vida a la muerte”.

## Tabla de contenido

Introducción.....	5
Capítulo 1. El suicidio de Daniel Segura Bonnett: un suceso único e irreversible en el tiempo y en el espacio .....	14
1.1 El fenómeno del suicidio.....	14
1.2 Suicidio y filosofía .....	17
1.3 El suicidio de Daniel Segura Bonnett.....	28
Capítulo 2. La configuración de la memoria de Piedad Bonnett: un reconocimiento a la vida de Daniel Segura.....	40
2.1 La Memoria .....	40
2.2 Memoria y literatura .....	49
2.3 La configuración de la memoria de Piedad Bonnett.....	54
Capítulo 3. La obra testimonial de Piedad Bonnett: el desenlace final de una dolorosa batalla .....	61
3.1 El testimonio o el acto de testimoniar .....	61
3.2 Testimonio y literatura .....	66
3.3. El testimonio novelado de Piedad Bonnett.....	70
Conclusiones.....	89
Bibliografía.....	94

## Introducción

La presente investigación es resultado del análisis de la obra *Lo que no tiene nombre* de la escritora colombiana Piedad Bonnett, quien recrea a partir de su texto una experiencia personal que marcó el rumbo de su vida y el de su familia, pues su hijo menor y el único varón, a la edad de veintiocho años decide quitarse la vida lanzándose de un edificio de cinco pisos (Bonnett, 2013). A partir de su obra, nosotros los lectores reconocemos no solo el dolor y sufrimiento que causa la muerte de Daniel Segura Bonnett, hijo y personaje protagónico del relato de Bonnett, sino la complejidad que suscitan hechos como el suicidio y la enfermedad mental en la sociedad contemporánea.

Según la Organización Mundial de la Salud OMS (2014) más de 800.000 personas mueren cada año por suicidio, convirtiéndose en la segunda causa principal de muerte entre personas que están entre los 15 a 29 años de edad. Es tal magnitud de este acto que el escritor Albert Camus en su ensayo filosófico titulado *El mito de Sísifo* sostiene que “no hay más que un problema filosófico verdaderamente serio: el suicidio. Juzgar si la vida vale o no vale la pena de vivirla es responder a la pregunta fundamental de la filosofía” (1996, p. 5).

Aunque el suicidio como lo señalan Améry (2005), Alarcón (2016), Bruzzone (2018), Esparza (2018), Oyarzún (1999), Pachón (2006), Tasset (1992), Jiménez, Hidalgo, Camargo y Dulce Rosero (2011, 2014) es un fenómeno complejo que se inserta en la red de diversos momentos, no puede ser reducido a una simple estadística u objeto aislado en el que se dan las investigaciones de tipo positivista y que abordan diferentes disciplinas como la medicina, psicología, la sociología, la demografía, entre otras; ni tampoco se reduce a las percepciones que se crean a partir de los discursos moralistas que pretenden abordar la realidad más allá de los seres humanos. Más bien, el suicidio debe entenderse como un acto voluntario, un acto

que es imposible abordar a totalidad porque al igual que la muerte misma, desborda el límite de la experiencia humana.

Ante este panorama, surge la necesidad de replantear la problemática del suicidio tomando como pregunta orientadora: ¿Cuál es el aporte que hace la literatura a la comprensión del suicidio? Frente ella, hay que señalar que son muchos los autores y obras que han planteado de manera directa e indirecta el fenómeno de la muerte voluntaria, pero en los últimos años, dentro de la literatura colombiana podemos destacar la obra la escritora Piedad Bonnett, quien ha sido reconocida por diversas distinciones como la Mención de honor en el Concurso Hispanoamericano de Poesía Octavio Paz; el Premio Nacional de Poesía otorgado por el Instituto Colombiano de Cultura (1994); el Premio Casa de América de poesía americana (2011); el premio de poesía Poetas del Mundo Latino Víctor Sandoval (2012)<sup>1</sup>, entre otros.

Si bien la obra de Bonnett ha sido reconocida más por su contribución a la poesía, en el que se agrupan más de ocho libros de poemas<sup>2</sup>, que destacan su capacidad de “poetizar los dramas, la rabia, la soledad, la crisis, el dolor, las emociones de las circunstancias en distintos momentos de la existencia” (Rodríguez, 2015, p. 209), también ha sido una escritora de otros géneros como el dramático, con cinco obras<sup>3</sup> y el género narrativo en donde se destacan cuatro novelas *Después de todo* (2001), *Para otros es el cielo* (2004), *Siempre fue invierno* (2007) y *El prestigio de la belleza* (2010), y la obra que analiza la presente investigación *Lo*

---

<sup>1</sup> Bonnett, Piedad. (2013) “Lo oscuro parece luz y eso consuela”. Información recuperada de <http://www.piedadbonnett.co/>

<sup>2</sup> Entre ellos, *De círculo y ceniza* (1989), *Nadie en casa* (1994), *El hilo de los días* (1995), *Ese animal triste* (1996), *Todos los amantes son guerreros* (1998) *Tretas del débil* (2004) *Las herencias* (2008), y *Explicaciones no pedidas* (2011).

<sup>3</sup> Obras de teatro como *Gato por liebre*, *Que muerde el aire afuera*, *Sanseacabó*, *Se arrienda pieza*, y *Algún día nos iremos*.

*que no tiene nombre* (2013), una obra que como ella señala, recoge las memorias sobre la muerte de su hijo Daniel Segura Bonnett.

Teniendo en cuenta lo anterior, la pregunta que orienta la presente investigación es ¿Cuál es la relación entre suicidio, memoria y testimonio que se da al interior de la obra *Lo que no tienen nombre* (2013) de la escritora colombiana Piedad Bonnett? Poniendo de presente, primero, que la literatura aporta una mayor comprensión al suicidio, pues reconoce que la muerte voluntaria es un acto singular, que no puede ser abarcado a totalidad por las ciencias naturales y positivistas; segundo, que el ejercicio de memoria que emprende Piedad Bonnett surge de la necesidad de rescatar del olvido el recuerdo de su hijo Daniel, ya que si bien la memoria es una facultad individual, puede exteriorizarse mediante la escritura y así el recuerdo de su hijo se reconstruye en la memoria colectiva. Y finalmente, que la obra de Bonnett es un testimonio ya que recrea una experiencia personal y traumática que pone en evidencia las contradicciones de la sociedad moderna y que ofrece a los lectores temas considerados tabú y condenados al silencio social por “vergonzosos” o “peligrosos”, como lo son el suicidio y la enfermedad mental, hechos que son tratados desde la propia experiencia de Bonnett.

Por consiguiente, esta investigación tiene como objetivo general analizar la relación que se establece entre suicidio, memoria y testimonio en la obra *Lo que no tiene nombre de Piedad Bonnett*, teniendo en cuenta que estas tres categorías recogen la razón de ser de esta obra, en la medida en que es producto de la necesidad que tienen los escritores de exteriorizar sus pensamientos, ideas, vivencias e incluso tragedias, y que en el caso de Bonnett, se materializa mediante un testimonio que logra poner en debate la complejidad del suicidio y al mismo tiempo, permite configurar la memoria de su hijo Daniel Segura, con la cual escapa

del olvido y se inserta en el recuerdo colectivo de quienes leen su obra y así se logra “dar vida a su muerte”. En consecuencia, esta investigación se desarrolla en tres capítulos, en los cuales se analiza cada una de estas categorías.

Así, el primer capítulo que tiene objetivo identificar la relación que hay entre suicidio y literatura mediante la obra *Lo que no tiene nombre de Piedad Bonnett*, se desarrolla mediante dos preguntas: ¿Cómo se concibe el suicidio dentro de la literatura a partir de la narración de Piedad Bonnett?, y ¿Cuál es el aporte que hace la obra de Piedad Bonnett a la comprensión del suicidio? En este sentido, se establece que el suicidio es ante todo un acto singular, que cuando hace parte de un tops literario recobra otras dimensiones que se escapan a los estudios estadísticos, objetivos y descriptivos que se hacen de la muerte autoinfligida.

En el caso de la obra de Bonnett se reconoce que el suicidio es un acto libre que debe dejar de ser tratado desde la perspectiva moralista, para generar de él una discusión ética, en el que se analice como una decisión propiamente humana, que aunque sea dolorosa, debe ser respetada pues responde a una acción legítima que puede tomar un hombre para acabar con su sufrimiento. Para ello, se retoman las propuestas de algunos pensadores y autores como Voltaire (1965), Tasset en relación a David Hume(1992), Ludwig Wittgenstein (1922), Jean Améry (2005), Bruzzone (2008), Jiménez, Hidalgo, Camargo, Dulce (2011-2014), entre otros, quienes aportan a la discusión del suicidio como un acto que responde a la condición plena del hombre, a saber, que es un ser libre, pues “nadie puede experimentar más intensamente el hecho de estar condenado a la libertad que el suicidario” (Améry, 2005, p. 141)

El segundo capítulo de esta investigación que tiene como objetivo establecer la función que cumple la configuración de la memoria dentro de la obra *Lo que no tiene nombre*



*de Piedad Bonnett*, se desarrolla a partir de la pregunta ¿Cuál es el papel que tiene la construcción de la memoria dentro del libro de Bonnett? Allí, se reconoce que la memoria, si bien es capacidad singular, puede ser exteriorizada mediante la escritura, que en el caso de Bonnett responde a la necesidad de que su hijo Daniel Segura no quede en el olvido ni en el recuerdo estático y aislado del que hacen parte sus representaciones icónicas (fotografías, retratos, pinturas), sino que más bien, a través de las palabras no solo se cumple la función de la memoria de traer al presente el recuerdo de su hijo, sino que también logra exteriorizarse, en la medida que su recuerdo se inserta en la memoria colectiva de quienes leen su obra.

Es por esta razón que la obra de Piedad Bonnett es una configuración de la memoria, una selección de recuerdos que se plasman a través de las palabras, de la literatura, con el fin de mantener presente el recuerdo de su hijo Daniel y así, éste logre en cierta forma “revivir”, “estar presente” a través del diálogo que se crea entre el lector y la obra. Por tal razón, se toma referencia a autores como Ricoeur (2004), Belvedresi (2006), Ballesteros (1999), Jelin (2002), Blair (2008), Malaver (2012), Kouth (2009) entre otros, quienes destacan el carácter activo de la memoria como la forma más efectiva de luchar contra el olvido.

En el tercer capítulo, que tiene como objetivo reconocer el papel que cumple el testimonio en la obra *Lo que no tiene nombre* de Piedad Bonnett, se pone de manifiesto que la obra de Bonnett hace parte del género testimonial pues su obra es producto de la vivencia y experiencia personal del suicidio de su hijo Daniel, pero al mismo tiempo es un testimonio del sufrimiento que tienen que vivir las personas que sufren de una enfermedad mental y sus familias, primero, al ser abandonados por las instituciones gubernamentales y médicas, y

segundo, al tener que luchar en contra del estigma, que genera en ellos los “imaginarios de éxito y fracaso de la sociedad capitalista” (Sierra, 2016, p.99).

En la cátedra “Literatura y Duelo” dictada por Piedad Bonnett el 23 de junio del 2017 en la Universidad Diego Portales de Chile, ella señala que en el año 2013, cuando salió por primera vez su libro *Lo que no tiene nombre*, las librerías colombianas no sabían en dónde ubicarlo, pues la editorial Alfaguara lo publicó en su colección de novelas, pero este libro no es una novela, tiene forma de novela, pero no lo es, porque todo lo que se narra allí es producto de un hecho verídico, real y concreto que escapa a la ficción propia de una novela; pero al mismo tiempo, al ser una obra que utiliza un lenguaje literario y altamente poético, escapa a todo género informativo, descriptivo.

De allí que la obra de Bonnett pueda ser catalogada como *Testimonio novelado* o *novela testimonial*, según lo planteado por Huertas (1994), en tanto que utiliza recursos literarios como las figuras de personaje y narrador; el sentido figurado del lenguaje; diversas figuras retóricas y el diálogo intertextual con diversos autores. Elementos que la misma Bonnett señala en la cátedra “Literatura y Duelo” cuando sostiene sobre su obra “yo me decidí a escribirlo como una novela, como una novela porque yo pensé en el lector, cómo llegarle a un lector” (Universidad Diego Portales, 23 junio del 2017)

En ese orden de ideas, *Lo que no tiene nombre* es una muestra del discurso testimonial en la que Bonnett, en tanto que voz narrativa, dialoga en primera persona y en presente con el lector, lo que le permite crear un vínculo directo con este, pues en últimas la obra es un recorrido por un hito que transformó la vida de la escritora, y que nosotros, los lectores, compartimos como una experiencia ajena, la cual, con el pasar de las líneas, experimentamos empáticamente a través de la memoria de la vida de Daniel y el dolor que causa su partida.

Por ello, se retoman autores como Ricoeur (2004), Huertas (1994), Amar (1990), Blair (2008), Randall (1992), entre otros, quienes señalan que el aporte fundamental del testimonio es su “conexión directa con la realidad extratextual” (Huertas, 1994, p. 167) y que permite dar a conocer hechos que han sido condenados al silencio, al olvido.

Metodológicamente esta investigación que se desarrolla en las siguientes páginas se ubica en el campo de la hermenéutica, entendiendo esta última como un enfoque que permite reconocer que la realidad no es exterior al hombre, sino es él quien la interpreta y le da sentido. Por ello, se toma como referencia la propuesta hermenéutica del filósofo francés Paul Ricoeur, en la cual, como lo señala Xamist (2009) se establece que toda obra literaria “no constituye un hecho aislado de la realidad sino su momento hermenéutico, es decir, una manera de plantear y catalizar experiencias que dan origen a determinados derroteros existenciales” (p. 67).

Por ello, como lo señala Melero (1993) Ricoeur insiste en la mediación de la interpretación, que no es una simple exégesis, sino que “se trata de recobrar, mediante interpretación, mediante la hermenéutica, el mundo mismo” (p. 70). En este sentido, Ricoeur establece que el texto en sí, no es un todo autónomo de sentido, pues la comprensión de un texto no se agota en la analítica de su estructura, sino que más bien todo texto está mediado por un antes y un después, que deben ser analizados para poder tener una mayor comprensión, así, se abre paso a la teoría de la Triple mimesis.

La teoría de la Triple mimesis busca resarcir la centralidad exclusiva que tienen el texto en el análisis hermenéutico, por lo que más bien Ricoeur señala que existen tres momentos miméticos que deben ser analizados: *la mimesis I*, que hace referencia a que todo texto por más elementos de ficción que tenga se “enraíza en la pre-comprensión del mundo

de la acción: de sus estructuras inteligibles, de sus recursos simbólicos y de su carácter temporal” (Ricoeur, p. 116) y lo que se establece como preconfiguración. *La mimesis II*, que es la construcción propia de la trama y que desarrolla una función mediadora entre el antes y después de la obra misma, pero que se caracteriza por su función de ruptura que “abre el mundo de la composición poética e instituye, como ya he sugerido, la literalidad de la obra literaria” y que refiere a la configuración (Ricoeur, p. 115). Y finalmente, está *la mimesis III*, que “marca la intersección del mundo del texto y del mundo del oyente o del lector: intersección, pues, del mundo configurado por el poema y del mundo en el que la acción efectiva se despliega y despliega su temporalidad específica” (Ricoeur, p. 140) y que señala la reconfiguración.

Teniendo en cuenta lo anterior, esta investigación metodológicamente tomará los postulados de Paul Ricoeur para entender la forma cómo la obra de Piedad Bonnett se inscribe en tres momentos, la *preconfiguración*, que refiere al suicidio de Daniel Segura, y todos los hechos que conciernen a su muerte; la *configuración*, que es la propia obra de Bonnett y que se establece mediante la configuración de su memoria; y finalmente, el testimonio, que es *reconfiguración*, que refiere a la función mediadora entre el antes y después del texto, en la medida en que el lector recrea la obra a partir del testimonio de un hecho pasado, la muerte y sufrimiento del personaje de Daniel Segura, y lo interpreta mediante su presente.

Por consiguiente, esta investigación se presentará en tres capítulos: el primero titulado *El suicidio de Daniel Segura Bonnett: un suceso único e irreversible en el tiempo y en el espacio*, en donde se analiza el tema del suicidio a la luz de varios filósofos y teóricos, con quienes se crea un diálogo para analizar con mayor precisión la obra de Bonnett; el segundo, denominado *La configuración de la memoria de Piedad Bonnett: un reconocimiento a la*

*vida de Daniel Segura*, hace un recorrido por las diferentes concepciones sobre la memoria y la forma en la cual Piedad Bonnett construye para que el recuerdo de su hijo no quede en el olvido; y por último, se encuentra el tercer capítulo titulado *La obra testimonial de Piedad Bonnett: el desenlace final de una dolorosa batalla*, en el cual se reconocen las principales características del testimonio, así como las razones por las cuales la obra de Bonnett puede catalogarse como un *testimonio novelado*.

## **Capítulo 1. El suicidio de Daniel Segura Bonnett: un suceso único e irreversible en el tiempo y en el espacio**

*Cuando la vida es un dolor, el suicidio es un derecho.  
Cuando la vida es una infamia, el suicidio es un deber.  
El suicidio es siempre una virtud.  
Vargas Vila.*

El presente capítulo busca desarrollar el primer objetivo general de la investigación, a saber: identificar la relación que hay entre suicidio y literatura mediante la obra *Lo que no tiene nombre* de Piedad Bonnett. Para ello, esta parte del trabajo estará dividida en tres grandes apartados. El primero será *El fenómeno del suicidio*, en donde se reconocerán las diferentes formas en las que se concibe este acto y las limitaciones existen para su comprensión; el segundo apartado se titula *Suicidio y filosofía*, en el cual, se encontrarán algunas concepciones sobre el suicidio y que han realizado filósofos como Voltaire (1965), Tasset en relación a David Hume (1992), Ludwig Wittgenstein (1922), Jean Améry (2005), entre otros. Y finalmente, se desarrollará el apartado sobre *El suicidio de Daniel Segura Bonnett*, en donde se recogen algunas ideas y teorías propuestas a lo largo del capítulo, para analizar la obra de Piedad Bonnett.

### **1.1 El fenómeno del suicidio**

El suicidio es quizás uno de los actos más incomprensibles para los seres humanos, si bien hoy en día cada vez se conoce más sobre el tema, el suicidio sigue siendo una gran incógnita, pues su gran característica es que es un *acto incommunicable*, como lo es la propia muerte. Quien decide suicidarse, no puede expresar su acción en pretérito perfecto simple,

no puede decir “yo me suicidé”, de allí que todo lo que sabemos hoy en día del suicidio, sea producto de la interpretación de un tercero, de un *otro* que intenta descifrar el gran misterio.

Según la Real Academia Española, el suicidio es el acto por el cual una persona decide *quitarse voluntariamente la propia vida*. En términos etimológicos, la palabra suicidio viene del latín *Suicidium* formado de *Sui* (se sí, a sí) y *Cidium* (acto de matar). Pero tal acción, como lo establece Jiménez, Hidalgo, Camargo y Dulce Rosero (2014) se compone de una compleja red de momentos<sup>4</sup> que hacen del suicidio un fenómeno complejo de analizar.

La Organización Mundial de la Salud (2014) establece que más de 800.000 personas mueren cada año por suicidio, siendo la segunda causa principal de muerte entre personas de 15 a 29 años de edad. Es tal la magnitud del suicidio, que ha sido objeto de estudio de diferentes disciplinas (la filosofía, psicología, sociología, medicina, etc.) en las que si bien en algunos casos prima un factor particular, no hay que olvidar que el suicidio es un *acto multicausal*, en el que interactúan diversos factores biológicos, psicológicos, sociales, ambientales y culturales (OMS, 2014).

Otra característica que limita la comprensión del suicidio es “la *condición de intimidad* que tiene el acto” (Jiménez et al., 2014, p. 66), pues determinar el motivo final que impulsó a la persona a tomar la decisión de acabar con su vida es una tarea que siempre quedará inconclusa, pues la persona, el *yo* que acabo con su existencia, ya no es, ya no puede responder a las preguntas que se levantan en torno a su muerte.

Junto a la anterior limitación, se encuentra la condición de *singularidad del acto*, pues si bien alrededor del suicidio se pueden levantar varias hipótesis e incluso inscribirlo dentro

---

<sup>4</sup> Entre ellos: Idea suicida, gesto suicida, conducta parasuicida, intento suicida, suicidio. –elementos que serán tratados cuando se analice el suicido de Daniel Segura B.-

categoría o tipificación, como lo hace la sociología, en la cual, el acto del suicidio se ve como un hecho social<sup>5</sup>, que va más allá de los propios individuos; no hay que olvidar que todo suicidio se inscribe en un tiempo y en el espacio particular, por lo cual, no se pueden extrapolar las razones del suicidio, de allí que si bien existan condiciones y factores similares, el suicidio nunca podrá ser tratado de manera generalizada, pues quizá lo único que tienen en común las personas que se suicidan es la decisión de acabar voluntariamente con su vida.

El suicidio es un acto que ha estado presente en la historia de la humanidad, como lo señalan Jiménez, Hidalgo, Camargo y Dulce Rosero (2011), su comprensión ha generado diversas lecturas a lo largo del tiempo:

Para los galos por ejemplo, era aceptado por asunto de vejez, muerte del cónyuge, por enfermedad grave. La vejez y el dolor eran causas razonables también para los pueblos celtas, hispanos, vikingos y nórdicos. Para algunos pueblos guerreros como los germanos, esta práctica servía para evitar una muerte deshonrosa. En los contextos orientales como en China milenaria, él se realizaba como una prueba de lealtad; en Japón se trataba como un acto ceremonial; en la India estaba relacionado por motivos religiosos y/o afectivos. (p.32)

Dentro de la filosofía presocrática y el pensamiento de Platón y Aristóteles, el suicidio se relaciona con el alto valor que tiene el morir con dignidad, por lo que la acción suicida se justifica especialmente en casos relacionados con salud, dolor o deshonor. Estas ideas tuvieron influencia en la cultura romana, en donde el suicidio fue considerado principalmente como una liberación del sufrimiento o por cuestiones políticas o sociales de deshonor, por lo que solo tenía penalidad el suicidio irracional (Jiménez, et al, 2011).

---

<sup>5</sup> Emile Durkheim fue un sociólogo francés que estableció que el suicidio es un hecho social, un acto que puede ser analizado por sí mismo, rompiendo así con la subjetividad e individualidad en la que está inmersa la acción.



En la tradición cristiana el suicidio es considerado como un pecado, pues atenta contra la voluntad de Dios, quien es el único que puede disponer de la vida de las personas, por eso el quinto mandamiento tiene como imperativo: “no mataras”. “En países como Arabia Saudita, Israel, Irán, en donde se profesa el islam, religión monoteísta, la condena al suicidio es tan severa, que incluso en ciertos casos está catalogada como un delito mayor que el homicidio” (Jiménez, et al., 2011, p. 34).

Sin embargo, a pesar de sus múltiples interpretaciones, contextos y connotaciones, el suicidio sigue siendo un enigma, pues a pesar de ser “racional” en algunas ocasiones, es un atentando contra lo que creemos natural e intrínseco en el ser humano: el miedo a la muerte y el reflejo inconsciente de sobrevivir que hace parte de todas las especies. De allí, que se conciba el suicidio de manera general como un “desorden vital, como un desequilibrio existencial” (Jiménez, et al., 2011, p. 33) que requiere ser tratado desde un aspecto filosófico.

## **1.2 Suicidio y filosofía**

Para comenzar con este apartado, quisiera retomar la idea que se ha planteado anteriormente de entender el suicidio como una especie de “desorden vital, como un desequilibrio existencial”, y es que si bien en este trabajo no se pretende hacer una apología del suicidio, si pretende reconocer que el suicidio per se, atenta contra la corriente vitalista y existencial de que la vida –la existencia- es el bien supremo, pues en últimas creemos que todas las personas desean vivir, desean seguir viviendo, y en ese sentido, el suicidio sí sería una especie de desorden, de desequilibrio pues atenta contra esta máxima.

En el ámbito filosófico el suicidio ha sido abordado desde diferentes pensadores, corrientes y escuelas, en las que a grandes rasgos se ha considerado como un acto de liberación de sufrimiento, esclavismo, deshonra, como un triunfo de la voluntad humana a las imposiciones del mundo. Sin embargo, también se ha visto como un acto irracional, irreflexivo, un pecado mortal que atenta contra el ser, la naturaleza, la voluntad de Dios, pues si bien, como lo señala el filósofo griego Epicuro, el hombre puede llegar a tener “muchas buenas razones” para abandonar la vida, el suicidio nunca es una opción admisible, pues él “aun en las condiciones más adversas puede afirmar el placer de toda la vida” (Oyarzún, 1999, p.413).

A partir de ese panorama, se entenderá el suicidio más allá de todos los prejuicios moralistas, éticos, religiosos, pues en últimas, la muerte, independientemente de la forma en que llegue, es un destino común a todos, es una *conditio sine qua non* de la vida. Por ello, el suicidio es un acto voluntario mediante el cual, el ser humano toma la decisión de acabar con su vida, ya que al ser él el único dueño de su vida, puede decidir si quiere o no seguir viviendo. De allí que tal acto atente contra la lógica común de que la vida es el bien supremo, de que es el máximo bien.

En ese sentido, Héctor Abad Faciolince (2008) señala que el suicidio va en contra de la corriente vitalista, en la cual, “la vida es el bien supremo”, pero si esto se niega, si la vida no es el bien supremo o si no siempre lo es, o si en determinadas circunstancias la vida para el hombre es lo contrario, un gran peso y un gran mal, se entenderá mejor el valor del suicidio, del salto que dan, que deben dar, los suicidas.

Damián Pachón (2006) en un análisis que hace sobre la filosofía del filósofo rumano Emil Cioran, señala que para éste pensador el suicidio era una forma de contrarrestar la imposición

que la naturaleza nos pone sobre los hombros, al señalar que los seres humanos deben vivir, pero “nadie eligió nacer, nadie pidió, ni dio su autorización para que fuera arrojado a este basurero. No nacer es sin duda la mejor fórmula que hay. Desgraciadamente no está al alcance de nadie” (p.13) ¿Si el nacer no es voluntario, acaso el suicidio no es una forma de resarcir ese acto involuntario y resaltar ante todo la libertad del hombre? El suicidio es en este caso, es una práctica de resistencia que pretende acabar con lo que se nos ha impuesto, con lo natural de “vivir”.

Jean Améry<sup>6</sup> (2005) señala que el suicidio es un tema que escapa a toda lógica, incluso a la lógica de la vida misma, por ello, el suicidio es un fenómeno que no se puede abarcar a totalidad, y eso sin contar que todos los estudios que se realizan sobre él tienden a olvidar tres aspectos importantes: su singularidad, su condición de libertad y que lo implica su decisión.

### *Singularidad*

Una de las críticas más fuertes que hace Jean Améry a la forma de abordar el fenómeno del suicidio en la actualidad, es que se ha convertido en objeto de investigación de múltiples disciplinas que sólo buscan su abstracción, sólo analizan lo objetivo, lo estadístico, lo

---

<sup>6</sup> J. A. (1912-1978) fue un pensador y escritor austríaco que debido a la tradición judía de su padre, fue víctima del Holocausto Nazi siendo perseguido y reclutado en el campo de concentración de Auschwitz de 1943 a 1945. Tras su liberación, decide quitarse el nombre de Hanns Chaim Mayer y pasar a ser Jean Améry, para simbolizar su disociación con la cultura alemana. En Bruselas, comienza su carrera como escritor y crítico, colaborando, al mismo tiempo, en la radio y la televisión. En 1978 decide quitarse la vida con una sobredosis de somníferos en la ciudad de Salzburg, Austria.

tendencial, pero en ese ejercicio, cada vez se alejan más de la singularidad del acto, del sujeto que toma la decisión de quitársela vida.

Allí donde el suicidio se observa como un hecho objetivo, como si se tratase de galaxias o partículas elementales, el observador se aleja tanto más de la muerte voluntaria cuantos más datos y hechos recoge. Sus categorías, al servicio de la ciencia, quizás incluso terapéuticamente útiles... son vehículos de aceleración lineal que lo arrancan del círculo mágico de la atracción por el “mundo cerrado” hasta que la distancia es ya sólo mensurable en años luz.” (2005, p. 16)

En su afán de objetividad las diferentes ciencias han elaborado teorías en torno a los elementos, situaciones, motivos, escenarios... que explicarían las razones por las cuales las personas deciden acabar con su vida. Sin embargo, este tipo de investigaciones tendría que ser relaboradas, pues “toda investigación sobre el suicidio habla en nombre de la sociedad...en vez de buscar al suicidario en el único lugar donde se le puede encontrar: en su propio sistema inalienable” (Améry, 2005, p. 105).

De allí que Améry señale “el rechazo de un tipo de investigación que se ocupa del suicidio sin preocuparse por conocer al ser humano que busca la muerte voluntaria” (2005, p. 11). Si bien es cierto que como lo establece la OMS (2014) el suicidio tiene una onda expansiva que afecta enormemente a las familias, amigos, sociedades, pues es un hecho que trasciende lo individual, no hay que olvidar que cada suicidio es una tragedia personal, que rebosa toda delimitación teórica. Por ello, puede que un suicidio sea egoísta, altruista, que se dé por un código de honor, por un factor desencadenante -una enfermedad-, pero todas estas tipificaciones que hacen las ciencias como la sociología, la medicina, la suicidología, entre otros, presentan un problema, y es que

Sus afirmaciones están vacías de significado para el suicida o suicidario, ya que lo fundamental para ellos es la **absoluta singularidad** de su situación, la *situation vécue*, que nunca es absolutamente comunicable, de forma que cada vez que alguien muere por su propia mano, o intenta morir, cae un velo que nadie volverá a levantar. (Améry, 2005, p. 19)

Quizá esa sea una de las razones por las cuales el suicidio para la sociedad en general sea un acto incomprensible, pues sus posibles explicaciones, causas y motivos, las conocemos desde la alteridad, pero desconocemos el acto desde el interior, desde de la persona que decide tomar esta decisión, por lo cual, no sabemos a ciencia cierta lo que hay de tras de él y su acción. Por eso, es válido reconocer la propuesta epistemológica que nos plantea Jean Améry, de intentar ver el suicidio “desde el interior de aquéllos a los que yo llamo “suicidarios” o “suicidantes”, y no desde fuera, desde la óptica del mundo de los vivos o de los supervivientes” (Améry, 2005, p. 10).

### ***Libertad***

Como se mencionaba anteriormente el suicidio es en sí un acto multicausal, de allí que una de las mayores críticas que se le han hecho es que es un acto que en muchos casos se realiza de manera impulsiva, inconsciente. No obstante, el suicidio es ante todo un acto libre, de allí que Améry prefiera usar el término “muerte voluntaria”, pues si bien se puede ejecutar bajo un estado de presión angustiosa

Como forma de muerte, incluso sometida a tales presiones, la muerte voluntaria constituye un acto libre: no me corroe ningún carcinoma, no me abate ningún infarto, ninguna crisis de uremia me quita el aliento, soy *Yo* quien levanta la mano sobre mí mismo. (2005, p. 13)

El hecho de que un hombre “levante la mano contra sí mismo” trae a colación una característica propia del ser humano, y es que su libertad puede ir incluso hasta el punto de acabar consigo mismo, y en esa medida, “nadie puede experimentar más intensamente el hecho de estar condenado a la libertad que el suicidario” (Améry, 2005, p. 141). El suicidio sería un acto libre, que concierne, en cuanto a voluntad, única y exclusivamente a los seres humanos, de allí que su alcance sea un tipo de privilegio que otras especies no pueden contemplar. Así, el suicidio es reconocimiento absoluto de la “libertad inalienable del ser humano” (Améry, 2005, p. 61).

El suicidio también puede ser visto como una forma de salvaguarda la libertad humana, pues incluso la muerte, quien es la única que puede eliminar completamente la libertad de una persona, puede ser el resultado de un decisión, de un acto libre, y no sólo la derivación del proceso natural de la vida. En otras palabras,

La espera de la muerte es solamente un tipo de acción pasiva, si se me permite esta paradoja que me impone la gramática. Sin embargo la muerte voluntaria, el matarse a sí mismo, es *actividad indiscutible*, no sólo gramatical, sino también fácticamente... Quien ha de morir se halla en estado de responder a un destino, y su réplica consiste en miedo o valentía. El suicidante, sin embargo, habla por sí mismo. Dice la primera palabra. No puede preguntar: “muerte, ¿dónde está tu lanza?” después de que la muerte se haya dirigido a él en alguna forma (enfermedad, peligro o simplemente disminución de la vitalidad). Antes bien, ha de ser él quien llame, y es la muerte quien da respuesta. (Améry, 2005, p. 23)

El que la muerte pueda ser una elección, una decisión, hace del suicidio una especie de “conquista”, pues una persona que muere en una cama, adolorido, arrastrado por su tragedia, aunque haya luchado con todas sus fuerzas, al final perderá la vida y con ella su libertad, de ahí que Améry señale que un suicida le podrá decir a un enfermo aferrado a la existencia: “uno que ha perdido la vida, sin conquistar la muerte.” (2005, p. 134)

### *Una decisión*

El acto de suicidio pone sobre el centro del debate el hecho de que si bien la vida es algo que se escapa a nuestra voluntad -nadie eligió venir a este mundo-, el *vivir* por el contrario sí es una decisión. El suicidio arranca la imposición del saber popular que establece: “hay que vivir”, rompe la lógica de la vida que establece la vida como “el bien supremo”

Al fin y al cabo, hay que vivir”, dice la gente, disculpando todo lo miserable que hacen. Sin embargo: ¿realmente hay que vivir? ¿Hay que permanecer presente sólo porque uno haya llegado a estar presente? En el momento previo al salto, el suicidante rompe violentamente una prescripción de la naturaleza y la lanza a los pies del dictador invisible... Aun antes de que se le pregunte, el que busca la muerte voluntaria grita: ¡No! O dice, con voz bronca: se debe, quizás, pero yo no quiero, y **no me doblego ante un deber que se me impone**<sup>7</sup> angustiosamente desde fuera como ley de la sociedad y desde dentro como *lex naturae*, ley que, sin embargo, ya no quiero seguir reconociendo. (Améry, 2005, p. 24)

Quien se suicida rompe con toda lógica natural y social que señale que la vida debe respetarse por encima de la voluntad propia, sin embargo, como se estableció anteriormente, vivir es una elección, no es un deber, no “hay que” vivir, pues el único juez que puede decidir si

---

<sup>7</sup> Subrayado propio.

quiere o no continuar en este mundo es el mismo hombre, por eso para el suicida llegará un día en el que ya no tendrá que vivir, sino que podrá no vivir (Améry, 2005).

La decisión de no querer seguir viviendo es tal vez la única característica que tienen en común todas las personas que deciden suicidarse, pues tal acción, en sus múltiples posibilidades, puede ser producto de un estado de depresión, tristeza, melancolía, desesperación, puede ser un acción cuya planeación duró años, meses, días, en fin, son tantas las posibilidades que sólo puede decirse que todos los suicidios se parecen tan sólo en el hecho de que quien se suicida, buscaba mediante su acción dejar de existir. Jean Améry (2005) indica que tal característica se resume en la “situación previa al salto”, pues allí todas las diferencias se vuelven irrelevantes y produce una igualdad en todos los suicidas: la decisión voluntaria de acabar con la propia vida.

El filósofo Ludwig Wittgenstein<sup>8</sup>, si bien no reflexionó propiamente sobre el suicidio, en su vida si fue un fenómeno latente, como lo establece Joaquín Alarcón (2016), Wittgenstein pensó en numerosas ocasiones suicidarse e incluso muchos de sus amigos murieron a causa de esta decisión, sin embargo no lo realizó debido a su postura moral y metafísica, en la cual, “lo único que da sentido a la vida es vivir para y en el espíritu. Es decir, vivir de acuerdo con la voluntad de Dios, renunciando a nuestra voluntad y aceptando lo que nos llegue como una *gracia del Destino*.” (Alarcón, 2016, p. 7).

Para Wittgenstein, suicidarse no es simplemente poner final a la vida,

El suicidio es la máxima expresión de la negación del sentido de la vida. No se trata de una negación parcial sino global, de ahí la gravedad moral de un tipo de decisión como la suicida.

---

<sup>8</sup> L. W. (1889-1951) fue un filósofo y lingüista austriaco que influyó en gran medida el neopositivismo del Círculo de Viena y a la filosofía del lenguaje ordinario de Oxford o filosofía analítica.



Cuando Wittgenstein afirma que es el "pecado elemental" está señalando con esta expresión a la esencia de la Ética ("das Wesen der Ethik"). (Alarcón, 2016, p. 10)

A pesar de esta carga moralista que le da Wittgenstein al suicidio, se puede reconocer que el suicidio es el alcance moral real de la libertad humana, de allí, que sea la decisión radical que convierte al ser humano "en dueño absoluto de su vida" (Alarcón, 2016, p. 2). Además, si acepta la idea que plantea Wittgenstein en su *Tractatus Logico-Philosophicus* de que "El mundo es independiente de mi voluntad" (1992, p. 99), no se podría sostener que el hombre sea un ser que se resigna a tomar una postura pasiva y sumisa ante la vida; al contrario, si bien el ser humano no tiene la facultad de modificar los acontecimientos del mundo, ni puede transformarlos, sí puede hacerlo con su propia vida, pues ella sí le pertenece y puede, según su voluntad, decidir sobre ella, puesto que "la voluntad es una toma de posición del sujeto respecto al mundo" (Alarcón, 2016, p. 10).

El filósofo francés Voltaire<sup>9</sup> establece que existen dos factores por los cuales los hombres no toman la decisión de suicidarse: la esperanza y el temor a la muerte, en sus palabras, "la esperanza y el temor son dos agentes poderosos que utiliza la naturaleza para disuadir al desgraciado que trata de quitarse a vida" (1965, p. 790).

La esperanza considerada por la Real Academia Española como "el estado de ánimo que surge cuando se presenta como alcanzable lo que se desea" ante el suicidio, sería un factor que más que prevenirlo, lo promueve, por lo que mejor se hablaría de desesperanza. Esta última, Según la OMS se relaciona con la pérdida de motivación y expectativas del hombre, y se relaciona con pensamientos tales como "las cosas nunca mejorarán" o "no veo

---

<sup>9</sup> François Marie Aroue, más conocido como Voltaire (1694 -1778) fue un escritor, historiador, filósofo y abogado francés, considerado uno de los máximos representantes de la Ilustración.

que las cosas mejoren” (2014, p.40), por lo que la esperanza, o mejor su carencia, es un factor que promueve el suicidio.

En cuanto al “temor a la muerte”, cabría mencionar que en un sentido filosófico la muerte ha sido desde la antigüedad un sentimiento que angustia y agobia la vida del hombre, sin embargo, como lo establece Epicuro en su *Carta a Meneceo*, traducida por Oyarzún (1999),

La muerte, no es nada en relación a nosotros, porque, cuando nosotros somos, la muerte no está presente, y cuando la muerte está presente, nosotros no somos más. Ella no está, pues, en relación ni con los vivos ni con los muertos, porque para unos no es, y los otros ya no son. (p.412)

Lo mismo expresa Wittgenstein, quien señala que la muerte “no es ningún acontecimiento de la vida. La muerte no se vive” (1922, p. 99) es decir, la muerte es un hecho que no concierne a la vida, de allí que no podamos comprenderla dentro de su espacio lógico. Por ello, con Améry se podrá sostener que el suicidio “es algo que no se vive”, la muerte, independientemente de su causa “mientras vivimos, no está, y cuando sobreviene, ya no estamos nosotros. (Améry, 2005, p. 29).

Voltaire también reconoce que el suicidio es uno de los actos que mayor voluntad requiere para ser ejecutado, ya que es indudable “que no carece de valor el que tranquilamente se mata, que se necesita gran fuerza de voluntad para sobreponerse al instinto más poderoso de la naturaleza; en una palabra, el suicidio es un acto que prueba más ferocidad que flaqueza” (1965, p. 791)

José Tasset establece que para el filósofo David Hume<sup>10</sup> el suicidio, el disponer de la propia vida no es algo que concierna exclusivamente a Dios o a la naturaleza, porque si fuera así, el hombre no prorrogaría su propia vida, y más bien se entregaría libremente a los designios de la naturaleza. Hume, citado por Tasset (1992) señala que,

Si el disponer de la vida humana fuera algo reservado exclusivamente al Todopoderoso, y fuese un infringimiento del derecho divino el que los hombres dispusieran de sus propias vidas, tan criminal sería el que un hombre actuara para conservar la vida, como el que decidiese destruirla. Si yo rechazo una piedra que va a caer sobre mi cabeza, estoy alterando el curso de la naturaleza, y estoy invadiendo una región que sólo pertenece al Todopoderoso, al prolongar mi vida más allá del período que, según las leyes de la materia y el movimiento, Él le había asignado. (p. 155)

El suicidio es un acto que nos diferencia de los animales, pues en circunstancias naturales todos los seres prefieren el vivir al no vivir; sin embargo, a diferencia de las otras especies, el hombre puede reflexionar y decidir si la vida vale o no la pena vivirla, por lo que “el único juez con poder para decidir si ha de seguir o no viviéndola es el propio individuo, al que hay que reconocer y respetar este derecho” (Tasset, 1992, p. 156)

Los seres humanos “tenemos la dignidad y el orgullo de ser dueños de nuestra vida, y de nuestra propia muerte” (Tasset, 1992, p. 163), de allí que el modelo defendido por Hume, en torno al suicidio se basa en aceptar “las antiguas máximas de que nadie debe prolongar su vida después que se ha hecho deshonrosa” (Tasset, 1992, p. 162). De tal forma, que el hombre tiene el derecho a disponer de su propia vida, pues solamente a él le pertenece.

---

<sup>10</sup> D. H. (1711-1776) fue un filósofo, historiador, economista y ensayista escocés, cuyo pensamiento edificó las bases de la teoría empirista.

Hume al igual que Jean Améry, señala que el suicidio es un acto singular, que si bien puede ser estudiado y analizado desde el punto de vista abstracto y general de las ciencias, nunca podrá ser explicado plenamente, ya que el suicidio como un fenómeno humano “sólo tiene una explicación individual, no es extrapolable” (Tasset, 1992, p. 158).

Finalmente, un aspecto central que plantea Hume sobre el suicidio es que si bien responde a múltiples afecciones biológicas, el suicidio no necesariamente es correlato de una patología. Hume, citado por Tasset (1992) al respecto menciona que,

Ningún fenómeno de conducta humana es plenamente sometible a una explicación patológica. La patología existe, nadie lo niega -no al menos un planteamiento empirista-, pero este concepto no lo explica todo. Es precisamente porque el suicidio puede ser algo más que el efecto de una «enfermedad» por lo que podemos hablar de él, por lo que éste puede ser visto como un fenómeno o acción. (Tasset, 1992, p. 159)

### **1.3 El suicidio de Daniel Segura Bonnett.**

Teniendo en cuenta lo anterior, no podemos comenzar a hablar del suicidio de Daniel Segura, sin primero hablar de la persona singular que buscó ese tipo de desenlace para su vida, pues es precisamente eso, el factor singular del acto del suicidio, lo que rescata al suicidio de la pretensión de objetividad que esperan alcanzar las ciencias, de allí, que la obra *Lo que no tiene nombre* de Piedad Bonnett no solo trae a colación el fenómeno del suicidio, sino que pone de presente la situación singular de su hijo Daniel, con lo cual, su obra se inserta en el campo de la literatura ya que “pone en escena la tragedia humana y particular

de un sujeto, en un aquí y un ahora, tragedia de la que sólo la literatura da cuenta, develando lo íntimo y particular de la experiencia humana en cada individuo” (Sierra, 2016, p.27).

Daniel Segura Bonnett fue un hombre que desde muy temprana edad demostró gran pasión por el dibujo y la pintura, era el tercer hijo de Rafael Segura y Piedad Bonnett, con quienes vivió hasta el día en que decidió irse a estudiar a los Estados Unidos, a la edad de 27 años, y en donde se encontraban sus dos hermanas, Renata y Camila. Era tal su pasión por el arte, que antes de terminar el bachillerato había tomado clases durante dos veranos en *The Art Students League* de Nueva York. Tras graduarse, entró a estudiar Artes Plásticas en la Universidad de Los Andes de Bogotá, donde se destacó por ser un estudiante comprometido y aplicado que “asombraba a sus compañeros y a sus maestros con comentarios cortos pero atinados, propios de alguien que ha estudiado y reflexionado mucho” (Bonnett, 2013, p. 53)

Piedad Bonnett recuerda que su hijo era

Un gran nadador, de anchas espaldas. Y un buen jugador de bolos y de tejo. Un muchachote que adoraba la buena comida...una persona silenciosa, un verdadero introvertido... era dulce, reposado, pacífico, que poseía un fino sentido del humor. Que siempre tuvo alma de niño. (2013, p. 53)

Pero ella misma reconoce que esa imagen de Daniel es distorsionada, moldeada por su condición de madre “Daniel era mi hijo, y con toda certeza esta semblanza de trazos gruesos está deformada de manera involuntaria por el amor que le tuve” (Bonnett, 2013, p. 53). Al terminar su carrera de pregrado, Daniel realizó una especialización en Arquitectura en la misma Universidad e ingresó a ser profesor del Gimnasio Campestre de Bogotá, un colegio masculino en el que dictó clases a niños y a jóvenes.

A sus veintisiete años decide irse a los Estados Unidos a estudiar una maestría en Administración Artística en la Universidad de Columbia en Nueva York. Diez meses después de comenzar su maestría y teniendo veintiocho años cumplidos, Daniel decidió quitarse la vida, se lanzó de la terraza de su edificio en Nueva York y dio fin a una vida llena de luchas y batallas de las muy pocos sabían. Solo tras su muerte, y en una ceremonia ofrecida por la Universidad de los Andes en conmemoración a su muerte, su madre, Piedad Bonnett, reveló el gran secreto de la vida de su hijo, pues aquel muchacho que parecía fuerte y sano tenía un trastorno esquizo-afectivo con el que combatía hace ocho años, una enfermedad que convirtió su vida en una interminable pesadilla,

Me corresponde a mí, finalmente, correr el velo de la incertidumbre y señalar lo que en el auditorio ni sus amigos, ni sus primos, ni sus maestros ni sus exnovias ni casi nadie sabe: que ese muchacho que tuvo amigos y que fue amado y se enamoró y estudió con ahínco y pintó y dibujó con pasión, ese que a veces se veía alegre y bailaba y viajaba cada vez que podía, cargó durante ocho años con una aterradora enfermedad mental que convirtió sus días en una batalla dolorosa y sin tregua, a la que él le sumó el esfuerzo desmesurado de parecer un ser corriente, sano como cualquiera de nosotros. (Bonnett, 2013, p. 41)

El suicidio de Daniel si bien pudo estar relacionado con su enfermedad mental, con la esquizofrenia que producía en él un ejército de sombras que lo angustiaban y lo mortificaban, fue un acto libre, en el sentido que señala Jean Améry, pues su muerte no se debió a un infarto, a un paro respiratorio, a una neumonía, sino a una decisión que él mismo tomó.

Améry (2005) establece la muerte voluntaria, el suicidio, pone en escena a dos tipos de sujetos, el *suicidante*, quien se extingue a sí mismo y el *suicidario* “aquel que lleva en sí el proyecto de muerte voluntaria, tanto si se lo plantea seriamente como si tan sólo está jugando

con la idea” (p. 14). En ese sentido, Daniel Segura fue un suicidante, una persona que se extinguió a sí misma, pero previamente también fue un suicidario, pues el suicidio, siempre fue una idea que rondó en su cabeza.

El caso de Daniel, en tanto que suicidante y suicidario trae a colación una característica ya mencionada sobre el suicidio, y es que como lo señala Jiménez et al., (2014) “el suicidio en sí mismo posee una compleja red de momentos” (p.29) que responden por un lado al intento de suicidio y al acto final de acabar con la propia vida. En esta red, podemos encontrar elementos como: idea suicida, gesto suicida, conducta parasuicida, imitación suicida, métodos suicidas, momentos suicidas, escenarios y causas tanto del intento suicida como del suicidio mismo. De este modo, en las próximas líneas se van a reconocer la red de momentos que componen el suicidio de Daniel Segura Bonnett.

El *Intento de suicidio* es “aquel acto que lleva a la intención de quitarse la vida y no se consuma por alguna circunstancia, por lo que no tiene un desenlace fatal, llamado también suicidio frustrado o no exitoso” (Jiménez et al., 2011, p.30). En la obra *Lo que no tiene nombre* Piedad menciona que su hijo tuvo un intento de suicidio unos meses antes de su viaje a Nueva York, cuando de regreso de unas vacaciones de fin de año en Holanda, Praga, Berlín y Lisboa, Daniel confeso que había dejado de tomar sus medicamentos, por lo que una vez en el Colombia, el 19 de enero del 2010 después de salir del colegio donde trabajaba, fue a donde su psiquiatra para retomar su tratamiento y esa misma noche, intento quitarse la vida tomándose una caja de antisépticos, así lo narra Bonnett:

A las seis de la tarde Daniel llegó de la consulta médica con semblante sombrío y con una caja de un medicamento nuevo que debía empezar a tomar. Le pregunté con delicadeza cómo se sentía, y por la respuesta me di cuenta de que nada había cambiado... Para animarlo me ofrecí

a hacerle un masaje...Lo dejé así, relajado y en pijama, comiendo frente al televisor. Veinte minutos después una corazonada me hizo devolverme a su cuarto. Me bastó un cruce de miradas para comprender. Pregunté, y Daniel, con expresión ansiosa, levantó frente a mis ojos la caja de los antipsicóticos completamente vacía. Fui firme cuando lo conminé a que nos fuéramos a la clínica...Su papá, que subía las escaleras, se encontró con un muchacho asustado, que se llevaba la mano al corazón. Ya en la clínica, Daniel entró en un estado letárgico. Viéndolo en la camilla de la sala de urgencias, en un sopor profundo, negros los labios por el tratamiento con carbón activado, pensé que así se vería a la hora de su muerte. Esta vez no fue, me dije, mientras observaba el monitor que medía sus signos vitales. Y no pude dejar de preguntarme cuándo. (2013, p. 95)

De acuerdo con Jiménez et al., (2011), la *Idea suicida*, hace referencia a “pensamientos relacionados con la voluntad de quitarse la vida” (p.30), lo cual, en el texto de Bonnett queda claramente ejemplificado cuando Daniel, en un viaje que realiza junto a sus padres a Brasil, en medio de un vuelo de última hora rumbo hacia Perú, en el que tiene un episodio de crisis nerviosa, comienza a idear su posible suicidio, incluso prevé cuál será su *método de suicidio*: la precipitación de un lugar alto.

Lo tomo de la mano y es así como entramos al avión, donde lo ubicamos con prudencia en la ventanilla. *¿Habrá dolor?*, me pregunta Daniel en medio del viaje, y añade: *¿me ayudarías a llegar al final?* Mis recientes temores se confirman con esas frases y con su recurrente y exaltado pedido de los inocuos medicamentos que he llevado al viaje en un pequeño bolso dentro de la cartera. -Ya vamos a llegar a Lima, Dani. Tranquilo. -¿Será que en Lima hay un lugar alto?”. (Bonnett, 2013, p. 74)

En el contexto narrado por Bonnet hay categorías que no son aplicables al caso de Daniel, pues las crisis que experimento su hijo y las cuales incidieron en la decisión de suicidarse,



fueron producto de su enfermedad y no promovidas por el interés de llamar la atención de su familia, o por caprichos o por practicar deportes peligrosos, ni tampoco su suicidio se debió por imitar un comportamiento, por lo que, no se puede hablar de *Gesto suicida*<sup>11</sup>, *Conducta Parasuicida*<sup>12</sup> ni de *Imitación suicida*. Esta última, está relacionada con el hecho que las personas, en especial los jóvenes, pueden verse seducidos a imitar los suicidios cometidos por personajes famosos, admirados o reconocidos, conducta que ha sido reconocida desde hace ya varios siglos con el término “Efecto Werther”, y que fue acuñado por D. P. Phillips, quien en 1974 la utilizó para describir el efecto de la sugestión en la conducta suicida ejercida por los jóvenes lectores de la novela *Las desventuras del joven Werther*, publicada en 1774 por el escritor alemán Johann Wolfgang von Goethe (Jiménez et al., 2011).

El suicidio de Daniel Segura Bonnett ocurrió en la ciudad de Nueva York el sábado 14 de mayo del 2011, a la una y diez de la tarde, el *Escenario* que él elegido fue el edificio en el que se encontraba su apartamento de residencia, desde allí, más exactamente desde su terraza, Daniel se lanzó y se quitó la vida. Renata, la hija mayor de Bonnett, fue la encargada de llamarla a Colombia, dos horas después de la muerte de su hermano para darle la noticia: “*mamá, Daniel se mató*”

Las palabras daban cuenta sin ambages ni mentiras piadosas, del hecho, del dato simple y llano de que alguien infinitamente amado se ha ido para siempre, no volverá a mirarnos ni a sonreírnos. En estos casos, trágicos y sorprendidos, el lenguaje nos remite a una realidad que la mente no puede comprender. Antes de preguntar a mi hija los detalles, de rendirme a la indagación, mis palabras niegan una y otra vez, en una pequeña rabieta sin sentido. Pero la

---

<sup>11</sup> Según Jiménez et al., (2014) es “el daño autoinfligido que pretende generar cambios en el ambiente, su propósito no es la muerte” (p.62).

<sup>12</sup> Es la “conducta de alto riesgo que puede terminar en la muerte inconscientemente” (Jiménez et al., 2014, p.62).

fuerza de los hechos es incontestable: «Daniel se mató» sólo quiere decir eso, sólo señala un suceso irreversible en el tiempo y en el espacio, que nadie puede cambiar con una metáfora o con un relato diferente. (Bonnett, 2013, p. 18)

El suicidante, como lo señala Andrés Bruzzone (2018) es “alguien irremplazable: nadie puede ponerse en su lugar, nadie puede morir en su lugar, ni entenderlo ni ayudarlo” (p. 43). Tal característica es lo que Paul Ricoeur, citado por Bruzzone, define la característica principal del sufriente, el ser *insustituible* “soy yo quien sufre y nadie puede sufrir por mí. El otro no puede entenderme ni ayudarme: es la soledad del sufriente” (2018, p. 40).

Asimismo, la muerte de Daniel como toda muerte es un *hecho único*, pero “más único esta vez, porque Daniel no ha muerto plácidamente en su cama, adormecido por calmantes, como todos soñamos morir, sino que ha saltado desde el techo de un edificio de cinco pisos para ir a estrellarse sobre el asfalto” (Bonnett, 2013, p. 20). Al respecto señala Piedad Bonnett que la muerte por mano propia, sigue siendo un tema que se elude, se soslaya dentro de nuestra sociedad, incluso los seres más cercanos a Daniel hablan de su muerte como si no hubiera sido el resultado de un suicidio: “La noticia de que se trató de un suicidio hace que muchos bajen la voz, como si estuvieran oyendo hablar de un delito o de un pecado... No, no lo atropelló un carro. Daniel se suicidó, digo” (Bonnett, 2013, p. 38).

El suicidio, a diferencia del intento de suicidio es un hecho comunicable, no podemos hablar con el suicidante porque simplemente ya no hace parte de este mundo, ya no puede responder a nuestras interrogaciones. Cuando Piedad Bonnett va junto a su familia a recoger las pertenencias al apartamento que era de su hijo levanta ante sí miles de preguntas: ¿Será que había subido antes hasta el techo para preparar el terreno?, ¿En qué pensaba cuando saltó?, ¿Qué se siente al caer?, ¿Se pierde la conciencia?, ¿En las últimas

horas pasamos los que lo queríamos por su cabeza?, ¿Acaso en sus últimos minutos sostuvo consigo mismo un último diálogo ansioso, desesperado, dolorido?, ¿Por qué si sólo un 10 o 15% de los enfermos que intentan suicidarse lo logran, él lo pudo llevar a cabo?, ¿De qué tamaño es el dolor del que se despide de sí mismo? (Bonnett, 2013). Sin embargo, como ella misma lo señala “las preguntas se alzan y mueren al instante, vencidas, derrotadas” (Bonnett, 2013, p. 21). Las preguntas mueren, son derrotadas y vencidas porque quién puede responderlas ya no está para hacerlo.

Es este último aspecto, el que quizás más dolor e incertidumbre genera para los familiares, allegados y seres cercanos del suicidante. Como lo señala Pablo Esparza “lo que hace especialmente duro un suicidio es que nunca sabrás realmente cuál fue la razón que lo motivó” (2018, párr. 6), “no podemos saber qué ha sucedido en lo más profundo de su conciencia” (Bruzzone, 2018, p. 42), “porque en el corazón del suicidio, aun en los casos en que se deja una carta aclaratoria, hay siempre un misterio, un agujero negro de incertidumbre alrededor del cual, como mariposas enloquecidas, revolotean las preguntas” (Bonnett, 2013, p. 99).

Piedad Bonnett, citando a Jean Améry, señala que esta situación se debe a que cada vez que alguien muere por su propia mano «cae un velo que nadie volverá a levantar, que quizá, en el mejor de los casos, podrá ser iluminado con suficiente nitidez como para que el ojo reconozca sólo una imagen huidiza» (Bonnett, 2013, p. 99). Uno de estos velos atrozmente perturbador es

El que cae frente a los ojos de los padres o los hijos o el cónyuge o, en fin, frente a los dolientes del que se ha quitado la vida. A través de él sólo vemos sombras; y cuando, al aguzar la mirada,

creemos estar ya enfocando una realidad precisa, esta cambia o se desvanece. (Bonnett, 2013, p. 99)

En un ejercicio poético, Bonnett intenta responder a la pregunta ¿por qué se suicidó su hijo?

Y a través de la figura retórica de la anáfora intenta dar una respuesta:

Por orgullo/por rabia/por miedo/por falta de fe en sí mismo/por valentía/por vergüenza/por cortesía con los demás/por enajenamiento/por desesperanza/por desencanto/por odio a sus propias elecciones/por frustración/por amor a la pintura/por odio a la pintura/por dignidad/por terror al fracaso/ porque, como dice Salman Rushdie, «La vida debe vivirse hasta que no pueda vivirse más» (Bonnett, 2013, p. 118)

Con Voltaire (1965) se reconocía que la persona que decide quitarse la vida, debe ser una persona que tenga una gran fuerza de voluntad, que logre vencer el instinto de supervivencia, que el suicidio como tal “es un acto que prueba más ferocidad que flaqueza” (791). Y en ese sentido, Daniel logró derrotar el instinto natural del vivir, pero también logró vencer sus miedos, el miedo ante el extremo dolor de su cuerpo, el miedo de no saber qué pasará después del salto, miedo de desprenderse de sus padres, de sus hermanas, de sus amigos, en últimas, venció el miedo que más atormenta a los seres humanos, el miedo a la muerte.

Pero incluso, ese triunfo que obtiene el suicidante es producto de una decisión difícil e incluso dolorosa, la “inclinación hacia la muerte es algo que se sufre, incluso cuando el sufrirla es una forma de huir del sufrimiento de la vida” (Améry, 2005, p. 81)

Lo que no obstante ignora la comunidad de vivientes, y no ha de saberlo mientras considere necesaria la continuación de su existencia, es esto: que **la muerte voluntaria es difícil**<sup>13</sup> para

---

<sup>13</sup> Subrayado propio.

el suicidante, como lo es toda muerte, pero que también es natural en gran medida, la única medida aplicable. (Améry, 2005, p. 54)

Piedad Bonnett no desconoce que la enfermedad mental que agobio la vida de su hijo está relacionada directamente con su suicidio, pero también reconoce que a pesar de esta patología, la decisión de su hijo se debió a acto de libertad. Pues como lo afirmaba Hume, el suicidio no necesariamente es correlato de una patología, “la patología existe, nadie lo niega...pero este concepto no lo explica todo” (Tasset, 1992, p. 159). Así, ante la muerte de su hijo Bonnett atestigua “es desconcertante y doloroso un suicidio, y más de alguien tan joven, pero al fin y al cabo, fue un acto voluntario, una elección, un alivio” (2013, p. 42), la vida “fue una opción para él hasta el último momento” (Bonnett, 2013, p. 119).

El suicido de Daniel fue un esfuerzo por conseguir su libertad, un intento por ir en “busca de su única posible libertad” (Bonnett, 2013, p. 118), pues ya no tendría que enfrentar responsabilidades agobiantes. Ya no tendría que guardar un secreto, ni sonreír de manera forzada, ni tendría que ser exitoso a pesar de sentirse... confundido, abatido por saber que estaba condenado para siempre” (Bonnett, 2013, p. 118). Es quizás esta posible y anhelada libertad la que le permitió entender a Bonnet las razones por las cuales su hijo Daniel decidió suicidarse, “comprender de qué magnitud sería la liberación quizá le dio la paz momentánea y la fuerza para abandonarse y abandonar el mundo” (Bonnett, 2013, p. 118).

Piedad Bonnett en una entrevista que tuvo con la última psiquiatra trató a su hijo en Estados Unidos, conoce que hay tres factores que potencian el suicidio y que crean la «tormenta perfecta» para su realización: “uno físico (en este caso la enfermedad), uno subjetivo (¿tal vez la sensación íntima de fracaso?) y uno social (quizá lo que A. Álvarez describe como «[...] la insufrible amenaza del examen público»)” (Bonnett, 2013, p. 101).

Sin embargo, el médico que trató durante los últimos años a Daniel, cuando viva en Bogotá, le menciona a Bonnett otro elemento clave para tratar de comprender el suicidio de su hijo, le habla de «la cuarta pared» “esa que el suicida levanta frente a sus ojos para reafirmarse en su sensación de atrapamiento.” (Bonnett, 2013, p. 101).

La “cuarta pared” en un contexto teatral hace referencia a las cuatro paredes que tiene un escenario, la del fondo, las dos laterales y una cuarta pared imaginaria que atrapa a los actores en su propia realidad y los separa del público, o lo que denomina Jean Améry (2005) como el primer velo “el que cae frente a los ojos del suicida, velo que más bien me figuro como un telón oscuro y pesado que hace las veces de la palabra fin”(p. 99).

Y es precisamente la “cuarta pared” que construye el suicidante, la que lo lleva al punto final de su vida.

En el instante en el que un ser humano se dice a sí mismo que puede deshacerse de la vida, se convierte en un ser libre, libre, aunque de manera monstruosa. La experiencia de la libertad es estremecedora. Porque desde ese momento todo resulta indiferente. (Améry, 2005, p. 134)

Cuando el suicidante levanta “la cuarta pared” cierra sus ojos y se olvida de todo lo que hay a su alrededor, todo en ese momento pierde valor para él, ya no hay nada en el exterior que lo emocione y es quizás esta pared la que mayor trabajo cueste levantar, pues el suicidante debe acabar con todo aquello que lo arraiga al mundo, con el amor de sus padres, el de todos esos seres que lo amaron y que él amó, con sus recuerdos, con sus alegrías, con sus esperanzas, al final él solo debe levantar la cuarta pared de su desesperanza. “Ningún amor es útil para aquel que ha decidido matarse. En el momento definitivo, el suicida sólo debe pensar en sí mismo para no perder la fuerza” (Bonnett, 2013, p. 119).

“¿Quién puede detener a un hombre, de cualquier edad -reflexiono ahora-cuando ha decidido terminar con su vida?” (Bonnett, 2013, p. 89), cuando ha decidido despedirse de sí mismo. Por ello, el suicidio trae a colación el hecho de que el hombre se pertenece a sí mismo, pues en cualquier momento puede construir sobre sí mismo “la cuartad pared” y liberarse de todo aquello que está por fuera de sí. Améry (2005) ratifica esta condición exclusiva del hombre, cuando afirma que “el ser humano se pertenece esencialmente a sí mismo, y esto al margen de la red de vínculos sociales, al margen de una fatalidad y un prejuicio biológicos que le condenan a la vida” (p.101).

El suicidio, como se ha demostrado en el desarrollo de este capítulo sigue siendo un tema que sobre el cual se puede decir mucho; pero que en sí mismo resulta inabarcable a totalidad, como lo señala Bonnett, ante el suicidio sólo queda un agujero negro de incertidumbres. Sin embargo, el suicidio dentro de la obra de piedad Bonnett se concibe como un acto libre (que si bien puede prevenirse) que debe respetarse, pues la vida es una elección, sobre la cual el hombre puede decidir, pues “nadie puede experimentar más intensamente el hecho de estar condenado a la libertad que el suicidario” (Améry, 2005, p. 141).

Por consiguiente, el aporte que hace la obra de Piedad Bonnett a la comprensión del suicidio es reconocer que si bien es un hecho que responde a ciertas características comunes, es en sí un *acto plenamente singular*, y que el caso de su hijo Daniel, fue una decisión difícil, pero legitima y respetable, al ser la única opción que él encontró para apaciguar su sufrimiento.

## Capítulo 2. La configuración de la memoria de Piedad Bonnett: un reconocimiento a la vida de Daniel Segura

*Ser es, esencialmente, ser memoria; es encontrar una forma de coherencia, un vínculo entre lo que somos, lo que queríamos ser y lo que hemos sido.*

**Emilio Lledó.**

En este capítulo se busca desarrollar el segundo objetivo planteado para esta investigación, el cual es establecer la función que cumple la configuración de la memoria dentro de la obra *Lo que no tiene nombre* de Piedad Bonnett. Para ello, esta parte del documento estará dividida en tres subtítulos, el primero de ellos es *La memoria*, en donde se dan a conocer diferentes perspectivas y campos que abordan la facultad psíquica por medio de la cual se retiene y recuerda el pasado; el segundo es *Memoria y literatura*, en donde se reconoce la relación que existe entre literatura y memoria; y finalmente, *La configuración de la memoria de Piedad Bonnett*, en el cual se establece que la obra de Bonnett es resultado de la necesidad de traer al espacio y al tiempo el recuerdo de su hijo Daniel, no de una manera episódica y estática como lo son sus fotografías o sus pinturas, sino que a través de la configuración de su memoria en una huella escrita, las palabras logran dar vida y movilidad al recuerdo de su hijo, y con ello, Daniel vuelve a estar presente.

### 2.1 La Memoria

La memoria es un concepto polisémico que en sí mismo puede inscribirse en distintos contextos, sin embargo, en este trabajo hará referencia a la capacidad que tienen los seres



humanos para recordar algo. Así, la Real Academia de la Lengua Española define la memoria como la “facultad psíquica por medio de la cual se retiene y recuerda el pasado”, etimológicamente proviene del griego *mnéme* (μνήμη) que significa memoria, y que pasó al latín como *memoria*, palabra formada por adjetivo *memor* (el que recuerda) y el sufijo *ia*, que se inserta dentro del verbo *memorare* (recordar, almacenar en la mente).

La memoria ha sido objeto de estudio de diferentes disciplinas, como la sociología, la filosofía, la neurología, psicología, etc., que corroboran la complejidad endógena que la caracteriza. Quizás, ha sido la psicología cognitiva quien más se ha preocupado por comprender la naturaleza y el funcionamiento de la mente humana y su relación con los procesos cognitivos de los sujetos, como la percepción, el aprendizaje y la memoria.

La memoria tiene varias funciones, entre ellas “codificar, registrar y recuperar grandes cantidades de información que resultan fundamentales para la adaptación del individuo al medio” (Ballesteros, 1999, p. 706), de ahí que cuando la memoria falla, cuando no se puede acceder a los acontecimientos, sucesos y en general a la información codificada que se almacena en ella, se habla de las patologías de la memoria, como la amnesia, paramnesia, Alzheimer, entre otras. Por ello, como lo señala Soledad Ballesteros (1999) “sólo comprendemos el exacto valor de la memoria cuando ésta falla” (706).

Posiblemente lo más importante para cualquier ser humano es su capacidad para almacenar experiencias y poder beneficiarse de dichas experiencias en su actuación futura. El engranaje y los mecanismos que rigen el funcionamiento de este colosal proceso psicológico funcionan con tal grado de perfección que la persona sana apenas es consciente de que todas sus acciones y todas sus comunicaciones verbales dependen del correcto funcionamiento de su memoria.” (Ballesteros, 1999, p. 705)

Además, así como la memoria tiene varias funciones que pueden ser interrumpidas por diferentes patologías, la memoria también remite otra complejidad y es que,

El hecho de hablar normalmente de memoria en singular, podría hacer pensar que la memoria humana es un sistema único. Sin embargo, la psicología experimental de la memoria ha mostrado la existencia de distintas memorias, cada una con características, funciones y procesos propios. (Ballesteros, 1999, p. 706)

Aunque en este texto no se tenga como propósito profundizar en las diferentes teorías que se han elaborado de la memoria, en especial desde la psicología experimental, si es bueno resaltar que existen diferentes tipos de memoria, como la memoria icónica y ecoica, que refiere a los registros sensoriales del campo visual y auditivo, que tienen corta duración y que están relacionadas a la percepción; la memoria a corto y largo plazo, que refiere al tiempo y la cantidad de la información almacenada; la memoria cinestésica, que hace mención a la información obtenida a partir de los músculos, articulaciones y movimientos; (Ballesteros, 1999) entre otras más.

Paul Ricoeur (2004) reconoce que la importancia de la memoria reside en que “no tenemos otros recursos, sobre la referencia al pasado, que la memoria misma” (p. 40), por ello, cada vez que se habla de memoria se hace referencia al pasado “la memoria es del pasado” (p. 22). Pero también, la memoria se realiza en el presente, pues el sujeto trae sus recuerdos al *ahora*, y a la vez, muchos de ellos, son enfocados hacia el futuro, pues se recuerda para actuar, para realizar algo que puede ir más allá del presente. De allí, que la primera característica de la memoria es su condición temporal, su relación íntima con el tiempo, pues no se puede hablar de memoria sin que se inserte en la dimensión del tiempo.

Desde los comienzos de la filosofía el tiempo siempre ha sido una dimensión problemática, pues como lo señala el filósofo medieval San Agustín, el ser del tiempo conduce a una paradoja, pues el pasado ya no es, el presente deja ser en el momento en que se nombra y el futuro aún no es, “el problema fundamental es el status del presente, punto movedizo entre el pasado y el futuro” (Kohut, 2009, p. 26). Ante esta problemática San Agustín ofrece una solución, a saber, la dimensión del *Triple presente* “habría que decir que los tiempos son tres: presente de (de) las cosas pasadas, presente de (de) las cosas presentes y presente de (de) las futuras” (Ricoeur, 1995, p. 50).

San Agustín, citado por Ricoeur (1995), señala que “el presente de las cosas pasadas es la memoria; el de las cosas presentes, la visión (*contuitus*) y el de las cosas futuras, la expectación” (p. 51). De tal forma que, el presente que mira al futuro es la expectativa, el presente que observa el presente es la percepción inmediata y el presente que mira el pasado es la memoria (Kohut, 2009). Así, la memoria implica una experiencia temporal particular, pues como lo señala Elizabeth Jelin (2002) “ubicar temporalmente a la memoria significa hacer referencia al «espacio de la experiencia» en el presente” (p.13).

El hecho de que la memoria pueda traer al presente un recuerdo del pasado trae a colación una distinción fundamental que hace Paul Ricoeur sobre la memoria, a saber, la distinción entre *recuerdo* y *reconocimiento*, pues el primero refiere a una evocación del pasado que puede ser dado de manera voluntaria o involuntaria<sup>14</sup>, mientras que la segunda es una búsqueda, un esfuerzo consciente por traer al presente un recuerdo: una vivencia, un saber, una idea, una creencia, un sentimiento, etc. Es esta última característica la que permite

---

<sup>14</sup> El recuerdo involuntario se presenta cuando los seres humanos debido a un estímulo externo, como un olor, un sonido, una imagen... logran traer al presente algo que hacía parte de su pasado sin que fuese su voluntad, también puede ser llamado un recuerdo por “accidente”.

establecer el vínculo de la memoria no sólo con el pasado y el presente, sino también con el futuro, pues recordar es un esfuerzo que no se limita al presente, sino que también contempla el futuro, de allí el *Triple presente* de San Agustín. En otras palabras, “el pasado que se rememora y se olvida es activado en un presente y en **función de expectativas futuras**” (Jelin, 2002, p. 18).

La característica de que la memoria es ante todo es un esfuerzo, un acto voluntario de mantener presente los acontecimientos y sucesos que el hombre ha experimentado implica “la condición de que se mantengan de la mejor manera posible los contenidos de la experiencia original” (Belvedresi, 2006, p. 203), de tal forma, que la memoria debe ser una representación fiel del pasado. Como lo indica Ricoeur, uno de los problemas que plantea la memoria es que tiende a confundirse con la imaginación, pues se cree el recuerdo es traído al presente mediante la imaginación; sin embargo, “mientras que la imaginación puede actuar con entidades de ficción...el recuerdo presenta las cosas del pasado” (Ricoeur, 2004, p. 71). Así, la mente tiene el poder de revivir percepciones que ha tenido, pero sabe de antemano que éstas se tratan de impresiones anteriores, propias de su experiencia y no de la imaginación (Belvedresi, 2006).

Es la fiabilidad de la memoria es lo que nos permite saber y sentir “que algo sucedió, que algo tuvo lugar, que nos implicó como agentes, como pacientes, como testigos” (Ricoeur, 2004, p. 79). Por eso, el hacer memoria trae de presente “el imperativo de recordar el pasado tal como ocurrió, es decir, la obligación de ejercer una memoria que no sea falaz.” (Belvedresi, 2006, p. 204)

Otra de las características que entraña a la memoria es su relación con el olvido, pues como lo señala Karl Kohut (2009) el olvido ha sido considerado “el antagonista perpetuo de

la memoria” pues, “en efecto, no podemos hablar de memoria sin hablar del olvido. El olvido constituye una amenaza constante a la memoria” (p. 36). Aunque aquí habría que señalar que ambas dimensiones hacen parte de una relación de dependencia, pues gracias al olvido existe la memoria y se hace memoria porque existe el olvido.

Paul Ricoeur (2004) establece que existen dos tipos de olvido: el olvido definitivo y el olvido de reserva –o de recurso-, mientras que el primero hace referencia al olvido por supresión y eliminación de recuerdos, ya sea por fenómenos como la muerte, las patologías de la memoria, entre otras, el olvido de reserva es una especie de latencia del recuerdo, un olvido reversible que “designa el carácter *desapercibido* de la perseverancia del recuerdo, su sustracción a la vigilancia de la conciencia” (2004, p. 63). Es precisamente a través del reconocimiento, que se puede superar el carácter desapercibido del recuerdo e insertarse nuevamente en el presente. Pero como lo señala Jelin (2002) “no hay un único tipo de olvido, sino una multiplicidad de situaciones en las cuales se manifiestan olvidos y silencios, con diversos «usos» y sentidos.” (p. 30), quizá es en el mundo occidental contemporáneo donde el olvido ha tomado mayor interés, pues su presencia amenaza la identidad tanto del alter como la del ego,

Hay un plano en que la relación entre memoria e identidad es casi banal, y sin embargo importante como punto de partida para la reflexión: el núcleo de cualquier identidad individual o grupal está ligado a un sentido de permanencia (de ser uno mismo, de mismidad) a lo largo del tiempo y del espacio. Poder recordar y rememorar algo del propio pasado es lo que sostiene la identidad. (Jelin, 2002, p. 25)

De ahí, que se establezca que la memoria es la base de la identidad de las personas, pues “un hombre que ha perdido la memoria ha perdido su identidad” (Kohut, 2009, p. 27). Pero tanto

el olvido como la memoria y la identidad tienen una característica común, a saber, la *singularidad*, pues cada sujeto por sí mismo pone en práctica la capacidad de recordar y olvidar, y así, tiene sus propios «recuerdos-olvidos» que rebosan el ámbito social, “el ser fieles a nuestros recuerdos sólo nos exige a nosotros mismos, pues somos la única autoridad para juzgarlos...nos bastamos a nosotros mismos” (Belvedresi, 2017, p. 16). La memoria de las personas construye su *ipseidad*.

El que la memoria sea un acto singular establece que es ante todo una capacidad individual que busca traer al presente algo que había olvidado, algo que estaba desapercibido en el plano de su conciencia, pero ¿cuál es el objeto perdido u olvidado? Ricoeur, como lo señala Belvedresi (2017) establece que el objeto perdido es el **recuerdo**, que se conserva en la memoria de modo latente “en tal condición el recuerdo es impotente, pues no podemos percibirlo en nuestra conciencia. Este recuerdo es afectado por lo que Ricoeur denominó en la memoria... el “olvido de reserva”, que es reversible” (p. 18).

Pero ¿cómo es posible recuperar el recuerdo? Ricoeur (2004) señala que en la memoria persisten tres tipos de huellas que hacen posible que una persona recuerde su pasado, así lo establece cuando indica que hay que,

Distinguir tres tipos de huellas: la huella escrita, convertida, en el plano de la operación historiográfica, en huella documental; la huella psíquica, que se puede llamar también impresión en vez de impronta, impresión en el sentido de afección, dejada en nosotros por un acontecimiento que marca o, como suele decirse, que deja huella; finalmente, la huella cerebral, cortical, de la que tratan las neurociencias. (p. 534)

De tal forma la memoria puede traer al presente algo porque existen hechos que “dejan huellas” que pueden recuperarse siguiendo su rastro. Ricoeur, señala que la huella psíquica

“consiste en la persistencia de las impresiones primeras en cuanto pasividades: un acontecimiento nos ha afectado, impresionado, y la marca afectiva permanece en nuestro espíritu” (2004, 547), de ahí que huella psíquica se distingue porque refiere a impresiones que tienen los seres humanos de acontecimientos que los afectan a sí mismos.

La huella psíquica si bien permite recuperar lo olvidado, mediante el recuerdo, éste último como se había mencionado antes, puede ser resultado un recuerdo involuntario que sólo evoca el pasado, una “forma pasiva de la presencia en la mente del recuerdo” (Ricoeur, 2004, p.163) o puede ser producto de un esfuerzo, de una actividad consciente por traer al presente algo que estaba en el pasado, y que en últimas es la “activa búsqueda del recuerdo” (Ricoeur, 2004, p.163).

A esta última característica Paul Ricoeur la llama *reconocimiento*, Belvedresi (2017) señala que en Ricoeur en varias de sus obras retoma al filósofo francés Henri Bergson, de quien toma la idea de que “el acto concreto por el que volvemos a aprehender el pasado en el presente es el reconocimiento” (p. 17). Por ello, el reconocimiento es encontrar una huella psíquica que es producto de un esfuerzo por hacer memoria y que a su vez es verdadera, porque corresponde a una impresión primera que es fiel al pasado de una persona.

En párrafos anteriores se establecía que la memoria era una facultad que en sí misma concierne a la singularidad de cada persona, sin embargo, como lo señala Elizabeth Jelin (2002) los recuerdos traídos al presente no son producto de individuos aislados sino que están inmersos en

Redes de relaciones sociales, en grupos, instituciones y culturas. De inmediato y sin solución de continuidad, el pasaje de lo individual a lo social e interactivo se impone. Quienes tienen memoria y recuerdan son seres humanos, individuos, siempre ubicados en contextos grupales

y sociales específicos. Es imposible recordar o recrear el pasado sin apelar a estos contextos.  
(p. 20)

En este sentido, una de las características de la memoria es que al ser una facultad de los seres humanos se inserta en una experiencia temporal, pero a la vez también en un espacio, por lo cual, la memoria implícitamente atañe un contexto social. Karl Kohut (2009) señala que la relación que existe entre memoria y sociedad ha sido analizada por diferentes pensadores, sin embargo fue el sociólogo francés Maurice Halbwachs quien consolidó su mutua correlación a partir de la teoría de “marco social”, pues la memoria en sí misma tiene un marco social en el que se desarrolla y sobre el cual, se puede *recordar*.

El hecho de que las “las memorias individuales están siempre enmarcadas socialmente” (Kohut, 2009, p. 20) trae a colación una particularidad de la memoria y es que las experiencias que componen los recuerdos de un sujeto si bien incorporan experiencias individuales, también lo hacen de otras que le han sido transmitidas (Jelin, 2002). Por ello, se puede hablar memoria colectiva, pues los recuerdos “forman también parte de un conjunto de pensamientos comunes a un grupo” (Kohut, 2009, p. 27), pues en últimas,

«Nunca estamos solos», uno no recuerda solo sino con la ayuda de los recuerdos de otros y con los códigos culturales compartidos, aun cuando las memorias personales son únicas y singulares. Esos recuerdos personales están inmersos en narrativas colectivas, que a menudo están reforzadas en rituales y conmemoraciones grupales. (Jelin, 2002, p. 20)

Pero así como el recuerdo es una construcción que está conformada “infinitos elementos de una circunstancia o suceso que aconteció y que he vivido...para conformar “mi” recuerdo” (Belvedresi, 2006, p. 201), la memoria colectiva también lo es, pues mezcla “la memoria



particular de un individuo con las memorias colectivas de los grupos de los cuales forma parte.” (Kohut, 2009, p. 27)

Por tal razón, es mejor hablar en plural, de memorias colectivas, pues son cientos de construcciones que no se excluyen mutuamente, sino que se sobreponen y mezclan entre cada sujeto (Kohut, 2009). Así, “lo colectivo de las memorias es el entretejido de tradiciones y memorias individuales, en diálogo con otros, en estado de flujo constante” (Jelin, 2002, p. 22)

Como lo indica Paul Ricoeur (2004) es posible recordar algo porque existen huellas que permiten reconstruir el pasado, y en el caso de la memoria colectiva, la huella a la que se haría referencia es a la huella documental, que es exterior a los sujetos y que permite recordar porque se puede acceder a las memorias que existen en las fuentes escritas, pero “como toda huella material...puede ser alterada psíquicamente, borrada, destruida” (p. 534). No obstante, “la memoria colectiva se caracteriza por ser transgeneracional” (Belvedresi, 2006, p. 201), porque no solamente la memoria colectiva es materializada por la escritura, sino que puede ser exteriorizada de muchas maneras, de ahí, que “la memoria colectiva se manifiesta en la totalidad de las tradiciones orales y escritas, en las expresiones artísticas y culturales, así como en los objetos de uso diario” (Kohut, 2009, p. 27).

## **2.2 Memoria y literatura**

La literatura como expresión artística si bien constituye sólo una parte de la memoria colectiva, presenta en sí misma una posición privilegiada, pues tanto las obras como los

autores mismos que hacen parte del entramado de obras escritas tienen una relación directa con la memoria. Pues como lo señala Ricoeur toda narración es ante todo memoria.

El hecho de que la memoria *singular* haga parte de un marco social en el que confluyen varios recuerdos, no impide que unos sobresalgan más que otros, pues si bien todos podemos exteriorizar nuestros recuerdos a través de diarios, imágenes, canciones, etc., no todos tienen el mismo grado de trascendencia. De allí, que las memorias de los escritores y poetas tengan un mayor impacto dentro de la construcción de la memoria colectiva pues ellos son ante todo “trabajadores de la memoria” (Kohut, 2009, p. 28).

La importancia de la literatura es que a través de ella podemos conocer “la construcción de la memoria histórica de diferentes grupos humanos” (Malaver, 2012, p. 35). Por ello, como lo señala Karl Kohut (2009) la relación entre literatura y memoria varía según tres dimensiones: autores, lectores y obras.

Desde la dimensión de los autores, la relación entre memoria y literatura pone a colación una realidad que ambas comparten y es el hecho de su condición temporal, como ya se había mencionado antes, hacer memoria es un ejercicio que implica un *Triple presente* como lo establecía San Agustín, pues se recuerda desde el presente, con aras de traer un recuerdo del pasado y dirigido hacia el futuro. Lo mismo ocurre con un autor, pues su rol no solo se orienta por su pasado y su presente sino que es ante todo dirigido hacia el futuro, “desde la Antigüedad hasta el Renacimiento, los poetas estaban convencidos de escribir para el futuro, para que hubiera memoria de sus obras y memoria de las cosas que relataban” (Kohut, 2009, p. 27).

Kohut (2009) señala que teólogo español Alonso Fernández de Madrigal en el siglo XV ya daba cuenta de la relación que había entre la memoria y la obra literaria, pues éste escribió que la fama de los reyes y héroes en la antigüedad, morían con la muerte del poeta, pero la fama de este último, por el contrario perdura en tanto que viven sus obras y lo que en ellas estaba retratado. Por ello, el autor es consciente de que él es un *dispensator gloriae*, el que tiene en su poder inmortalizar al rey o al héroe. Según el historiador suizo Jakob Burckhardt, “fueron los poetas-filólogos italianos del Renacimiento quienes tuvieron la conciencia más plena de ser dispensadores de la gloria, incluso de la inmortalidad y, del mismo modo, del olvido” (Kohut, 2009, p. 28).

La memoria de los autores puede trascender en el tiempo y en el espacio, si bien pueden escribir sobre el presente, el pasado o el futuro, ellos pueden seguir siendo parte de la memoria colectiva incluso muchos años después de su propia existencia, pues sus recuerdos están latentes en el de otras memorias. Kohut (2009) ejemplifica este hecho refiriéndose a Jean-Paul Sartre, quien escribió que "en tanto que sus libros [de un autor] provoquen la cólera, el desconcierto, la vergüenza, el odio, el amor, aunque ya no sea más que una sombra, él vivirá” (Kohut, 2009, p. 29).

La relación entre memoria y literatura en cuanto a la dimensión del lector, pone de presente el hecho de que autores y obras forman parte de la memoria colectiva. Por ello, el lector puede enriquecer su experiencia del mundo a través de los recuerdos aprehendidos fuera de su singular condición espacial y temporal. Pero, el lector puede construir su memoria a través de experiencias exteriores a él, precisamente en cuanto a que son impresiones que afectan su propia ipseidad.

Asimismo, el lector se diferencia del autor y la obra en la medida en que sus recuerdos si bien pueden llegar a ser exteriorizados y compartidos dentro de la memoria colectiva, desconoce su grado de trascendencia, al mismo tiempo, a diferencia del autor el lector sí puede conocer experiencia singular que da origen a la construcción de sus recuerdos, pues él sí puede tener la experiencia de conocer a  $x$  o  $y$  autor, mientras que para este último, no ocurre lo mismo, pues no conoce la referencia directa a la cual llegan sus recuerdos. En últimas, el autor puede

Escribir sobre el pasado lejano o cercano para el presente o el futuro, o sobre el presente para el presente, o sobre el futuro para el presente. Para el lector, estas dimensiones temporales, decisivas para el autor, se diluyen en la memoria... las obras forman parte de la memoria colectiva, no importa si el autor escribió para el presente o el futuro, las obras forman parte de la memoria colectiva en tanto que testimonios de una cierta mentalidad en un momento histórico dado. (Kohut, 2009, p. 31)

Por otro lado, la relación entre literatura y memoria de acuerdo a la dimensión de la obra, pone de presente el hecho de que “todas las obras literarias (para hablar sólo de literatura), ya sean históricas o no históricas, ya sean transmitidas oralmente o por escrito, forman parte de la memoria colectiva” (Kohut, 2009, p. 33). Sin embargo, hay que recordar que tanto la memoria individual como colectiva son facultades selectivas, pues así como no es posible recordar todo, la memoria colectiva tampoco puede abarcar la totalidad de la realidad. Por eso, como se mencionaba antes las obras literarias hacen parte de las huellas documentales que pueden ser reconstruidas o no.

Ante este último hecho, se vuelve a poner en tensión una de las exigencias de la memoria, a saber, su fiabilidad, pues como se señala anteriormente la memoria es una

facultad que trae al presente una impresión del pasado que coincide con la experiencia de una persona, y que por ello tiene referencia con la realidad. Sin embargo, la literatura, en especial las obras literarias se nutren en gran medida de la ficción, elemento que como se señalaba antes concierne más a la imaginación que a la memoria.

Frente a ello, Federico Xamist (2009) señala que uno de los principales aportes que hace Paul Ricoeur a la literatura, en especial a la crítica literaria del siglo XX es la conciencia de la forma del texto literario “la reconsideración del texto literario como “el” hecho indispensable de la crítica literaria. Sin el texto pueden darse diversas instancias comunicativas, pero no la instancia comunicativa que denominamos literatura” (p. 68).

La conciencia de la forma del texto literario alude al hecho de que la obra no es sólo una cosa que esté “al lado de” la realidad, producto de una reflexión particular, sino que en tanto que narración viene determinada por el fenómeno del tiempo y la experiencia humana, por ello, “hay realidad en la ficción y ficción en la historia” (Melero, 1993, p. 73). En este sentido, “el texto evidencia que la experiencia humana viene determinada por el fenómeno del tiempo” (Xamist, 2009, p. 67), pues por más ficción que un texto literario pueda recrear, tal ficción tiene correspondencia con la realidad temporal de las personas. Así,

El mundo desplegado por toda obra narrativa es siempre un mundo temporal... el tiempo se hace tiempo humano en cuanto se articula de modo narrativo; a su vez, la narración es significativa en la medida en que describe los rasgos de la experiencia temporal. (Ricoeur, 1995, p. 39)

Por eso, tanto el texto literario como los textos históricos comparten la condición común de ser configuraciones del tiempo, que si bien en el primer caso hace referencia a una narración episódica mientras que la segunda a una narración cronológica, ambas son “maneras de

“articular” la experiencia humana, determinadas por el fenómeno del tiempo” (Xamist, 2009, p. 67).

Kohut (2009) señala que en el caso de las obras literarias que se construyen a partir de acontecimientos históricos y reales tienen una relación diferente según el tiempo que refiera la obra para el autor y el lector, pues si no hay una transición tan amplia entre ambos, la situación que se recrea puede tener mayor grado de sentido y significación al tener un carácter reciente entre sus experiencias, por eso “el autor puede prescindir de muchos detalles porque el lector contemporáneo que pertenece a la misma sociedad los sabe” (Kohut, 2009, p. 33)

Por último, otra situación es la que ocurre cuando los lectores se enfrentan a un texto literario que pertenece a una tradición diferente a su referente temporal, pues surge la necesidad de actualizar el texto, en el sentido que lo plantea Umberto Eco, ya que un texto supone una relación con el lector (no necesariamente empírico) para que pueda tener sentido. Pues todo “tiempo predeterminado, es un tiempo significativo que siempre debe ser interpretado.” (Xamist, 2009, p. 72). De allí que se establezca el ejercicio inacabado de la hermética, pues el significado más que un hecho aislado es una construcción permanente.

### **2.3 La configuración de la memoria de Piedad Bonnett**

La memoria como antes se menciona tiene muchas características que hacen de ella una red compleja de infinitas posibilidades. Sin embargo, en el caso de Piedad Bonnett, la memoria no se limita a una facultad singular que busca recuperar un recuerdo del pasado –

su hijo Daniel segura- sino que su ejercicio desborda su carácter singular e íntimo gracias a que su obra *Lo que no tiene nombre* es una exteriorización de su memoria que se configura a través de la palabra y logra insertarse dentro de la memoria colectiva.

Con Paul Ricoeur se establecía que la memoria es posible porque existen diferentes tipos de huellas que pueden ser reconstruidas y permiten traer del pasado algo que estaba en el olvido, en el caso de Bonnett, la huella que le permite recordar a su hijo Daniel es su huella psíquica, así lo manifiesta cuando en referencia a él señala “en mi memoria será bello, joven, dulce, para siempre” (2013, p. 125). Pero la huella que a nosotros los lectores, quienes no conocimos físicamente a Daniel, nos permite tener conciencia de su existencia es la obra de Piedad Bonnett, que al mismo tiempo nos direcciona a la de su hijo, al dossier de dibujos y pinturas que hizo durante toda su vida como artista y que también le permiten a ella misma revivir y preservar su recuerdo. Así lo manifiesta cuando sostiene

Tratando de preservar a Daniel de una muerte definitiva, me doy a examinar su obra, a clasificarla. Encuentro, organizado de manera impecable, un folder que dice: «Dibujos de chiquito». Están ahí los trabajos infantiles que yo guardé alguna vez, y de los cuales no me acordaba. También obras de la primera adolescencia. Hay óleos, dibujos, grabados, no menos de doscientas piezas...Con Camila (su hermana) hacemos un blog que muestra una veintena de lo mejor de su obra. Y escribo, escribo, escribo este libro, tratando de cambiar mi relación con el Daniel que ha muerto, por otro, un Daniel reencontrado en paz. (2013, p. 127)

Aquí quisiera hacer una distinción entre la huella que dejan las pinturas y dibujos de Daniel frente a la huella que deja la obra narrativa de Piedad Bonnett pues esta última en cuanto que es una expresión escrita no es un simple recuerdo episódico de algún momento de la existencia de su hijo, ni es la recapitulación de una idea que buscaba expresar Daniel con

cierta técnica, trazo o pintura, sino que relata y recrea toda su trayectoria de vida. La escritora norteamericana Susan Sontag, citada por Valencia (2015) señala que “la memoria es, dolorosamente, la única relación que podemos sostener con los muertos”. Pero esta memoria como se ha demostrado anteriormente puede exteriorizarse de muchas maneras, que en el caso de Bonnett surge a través de su narrativa, que al mismo tiempo nos direcciona a la obra que dejó su hijo como artista.

Figura 1. *Autorretrato*. Daniel Segura



Figura 2. *Fotografía*. Daniel Segura



*Nota:* Imágenes recuperadas del [Blog] de Camina Segura (2011) *Daniel Segura Bonnett*

La primera figura hace referencia a una serie de autorretratos que fueron pintados por Daniel Segura Bonnett en el 2001 y que a su vez es la imagen de la portada del libro *Lo que no tiene nombre*. En cuanto a la segunda, es una fotografía de Daniel, que tiene como fondo un cuadro que él mismo pintó y que hace parte de la serie Rembrandt (2002) y que encabeza el blog que creó su madre Piedad y su hermana Camila Segura con la recopilación de sus mejores obras.



Pero como lo señala Piedad Bonnett la memoria que se recrea a partir de las imágenes, las fotografías y pinturas en las que se vislumbra la presencia física o creativa de su hijo Daniel, presentan una paradoja y es que si bien mantienen y recuperan la imagen de su hijo, al mismo tiempo lo petrifican, lo convierten en una imagen fija, inmóvil. Así, ella lo señala cuando se refiere al caso de la fotografía.

La fotografía, qué paradoja, recupera y mata. Muy pronto estas veinte o treinta fotografías se tragarán al ser vivo, y habrá un día en que ya nadie sobre la tierra recordará a Daniel a través de una imagen móvil, cambiante. Entonces, será apenas alguien señalado por un índice, con una pregunta: ¿y este quién es? Y la respuesta, necesariamente, será plana, simple, esquemática. Un mero dato o anécdota” (2013, p. 36)

Pero ante esa realidad Bonnett decide rebelarse contra esa imágenes de Daniel “porque lo petrifican, lo fijan, lo condenan a una realidad estática que amenaza con suplantar las otras, las vivas que todavía conserva mi memoria” (2013, p. 36). ) Al respecto Jonathan Valencia (2015) señala que “la memoria se configura en la obra de Bonnett como un mecanismo para transgredir el estado espacial de la pintura y darle movilidad al sujeto (p. 16), pues mientras la fotografía y los cuadros son objetos, la imagen logra referir al sujeto,

La imagen se recrea en la mente de quien recuerda o menciona a alguien... se percibe dinámico, cambiante, que tiene movimiento, que se desplaza en el tiempo. Por el contrario, la pintura o la fotografía dan la impresión de estaticismo, de negación al cambio, de petrificación. La imagen es un sujeto, la fotografía es un objeto. (Valencia, 2015, p. 18)

De tal forma que la obra *Lo que no tiene nombre* es “una imagen recreada por y a través de la memoria” (Valencia, 2015, p. 16) que busca traer al espacio y al tiempo el recuerdo de Daniel, no de una manera episódica y estática como lo son sus fotografías o sus pinturas, sino

como un recuerdo ampliado y vivo que puede ser experimentado a través de la obra de Bonnett, que se convierte en un mar de recuerdos en el que Daniel logra volver a estar presente.

La memoria de Piedad Bonnett al ser una manifestación narrativa tiene una característica propia y es que “toda narrativa del pasado implica una selección (Jelin, 2002, p. 29), particularidad selectiva que es propia de la memoria y sobre la cual ella configura su obra. Pero al mismo tiempo, la memoria al estar enmarcada en un contexto social puede ser ampliada por otros, como queda demostrado en la ceremonia que realiza la Universidad de los Andes para conmemorar la muerte de Daniel, así lo manifiesta Bonnett “lentamente va emergiendo, a medida que lo recuerdan sus maestros, sus compañeros, sus hermanas, una imagen de Daniel que es más amplia de la que yo tengo” (2013, p. 40)

*Lo que no tiene nombre* es también el resultado de una lucha constante contra el olvido, una realidad de la que muy pocos logran escapar, pues la muerte de los seres humanos no solo acaba con el ser físico que es el cuerpo, sino que con el tiempo logra desaparecer todo indicio de su existencia, pues finalmente todos estamos condenados al olvido porque llegará el día en que no habrá nadie que pueda recordar quiénes fuimos. El olvido de los muertos sólo es posible contrarrestarlo gracias a las huellas que pueden reconstruirse en la memoria de los que aún viven, de allí se explica el esfuerzo constante que hace Piedad por mantener el recuerdo vivo de su hijo Daniel y así arrebatarlo del olvido.

Siento de pronto, sin embargo, que Daniel se me escapa, que lo he perdido, que de momento no me duele. Me asusto, siento culpa. ¿Es que acaso he empezado a olvidarlo? ¿Es que ingresa ya al pasado, que empieza a desdibujarse? Entonces cierro los ojos y lo convocó con

desesperación, lo hago nacer entre la bruma de la memoria, lo hago realidad de carne y hueso”  
(2013, p. 45)

Y es precisamente la memoria la facultad que permite revivir y traer al presente algo que permanecía desapercibido u olvidado, pero incluso se cree que cuando una persona muere, se entra en una especie de “olvido tácito”, pues se regalan sus cosas, se cambian y transforman los espacios donde vivía, se cierran sus cuentas bancarias, se elimina de la lista del Gobierno<sup>15</sup>, etc. Al respecto Bonnett narra un episodio en el que se hace referencia a esta situación “un día descubro, con tristeza infinita, que mi marido ha borrado la voz de Dani del contestador del teléfono. *La gente se impresionaba, me dice*” (2013, p. 128). Sin embargo, la aceptación de la muerte de un ser querido no puede ser sinónimo de olvido, sino que más bien es el reconocimiento de que la muerte es un hecho inevitable que hace parte de la vida.

Teresa Sierra (2016) manifiesta que “a través de la palabra Bonnet arrebatada del olvido la imagen de su hijo” (p.97) y esto lo logra porque con cada palabra que configura su memoria trasciende el carácter singular e íntimo de sus recuerdos y pasa a ser parte de la memoria colectiva de quienes leen su obra, pues a partir de ella, no sólo se conoce la existencia de Daniel Segura, sino que su recuerdo se mantiene vivo, cambiante, móvil, pues las palabras nunca son algo fijo. Por ello, el “esfuerzo doloroso por mantenerlo vivo” (Bonnett, 2013, p. 53) ya no solo depende de los recuerdos de Piedad Bonnett, sino que ahora también hacen parte de nosotros los lectores, pues su obra,

Jamás se llamará olvido, porque literal y literariamente es memoria, claro. Memoria suya, de su hijo Daniel Segura Bonnett y de su familia. Y ahora memoria mía también. Hay libros así,

---

<sup>15</sup> En este caso, la población de un país en términos demográficos responde a ciertas estadísticas vitales como lo son la tasa de natalidad y mortalidad, en esta última, la Registraduría Nacional del Estado Civil es quien recopila y certifica legalmente el fallecimiento de una persona.

escritos con sincera honestidad, que al hablar en singular son la voz más plural que se puede escuchar. Yo siento ya que conozco a su Daniel. (Mosquera, 2013)

Al final de su libro, en el apartado titulado “Envío” Piedad Bonnett revela el porqué de su obra y el porqué de su memoria. Allí, se dirige a su Hijo Daniel Segura y le expresa:

Dani, Dani querido. Me preguntaste alguna vez si te ayudaría a llegar al final. Nunca lo dije en voz alta, pero lo pensé mil veces: sí, te ayudaría, si de ese modo evitaba tu enorme sufrimiento. Y mira, nada pude hacer. Ahora, pues, he tratado de darle a tu vida, a tu muerte y a mi pena un sentido. Otros levantan monumentos, graban lápidas. Yo he vuelto a parirte, con el mismo dolor, para que vivas un poco más, para que no desaparezcas de la memoria. Y lo he hecho con palabras, porque ellas, que son móviles, que hablan siempre de manera distinta, no petrifican, no hacen las veces de tumba. Son la poca sangre que puedo darte, que puedo darme. (2013, p. 131)

Piedad Bonnett escribe *Lo que no tiene nombre* porque es la manera en la cual ella puede materializar la memoria de su hijo Daniel Segura y rescatarlo del olvido, pero además, a diferencia de las fotografías, monumentos, pinturas... las palabras “hablan siempre de manera distinta, no petrifican” con lo cual, el recuerdo de Daniel no queda estático, sino que se abre a infinitas interpretaciones que se insertan dentro del *Triple presente*, pues su recuerdo se recrea y orienta entre el pasado, presente, futuro.” (Jelin, 2002, p. 13). *Pasado*, porque tanto la obra como la vida de Daniel son anteriores a nuestro presente; *Presente*, porque la obra de Bonnett y el recuerdo de su hijo pueden traerse al momento actual mediante los recuerdos compartidos que tenemos sobre ellos, y que mediante su obra, pueden hacer parte de la percepción inmediata de un sujeto. Y *Futuro*, porque “la experiencia de otro puede iluminar y ampliar nuestra propia experiencia del mundo” (Bonnett, 2012, párr. 3).

### Capítulo 3. La obra testimonial de Piedad Bonnett: el desenlace final de una dolorosa batalla

*La más noble función de un escritor es dar testimonio, como acta notarial y como fiel cronista, del tiempo que le ha tocado vivir.*

*Camilo José Cela.*

En este último capítulo, cuyo objetivo es reconocer el papel que cumple el testimonio en la obra *Lo que no tiene nombre de Piedad Bonnett*, al igual que los anteriores, está dividido en tres partes; la primera, *El testimonio o el acto de testimoniar*, en donde se dan a conocer diferentes perspectivas que surgen en relación a lo que significa testimonio, en tanto que es una huella del pasado en el presente y que según sea su caso, persigue diferentes propósitos; el *Testimonio y literatura*, donde se abordarán las diferentes posturas como las de Huertas (1994) y Amar (1990), y que permiten reconocer el carácter novelesco del testimonio, en tanto que es una configuración que pone de presente las figuras propias de una obra literaria como lo son el *personaje y narrador*. Y finalmente, está *El testimonio novelado de Piedad Bonnett*, en donde se recogen algunos aspectos desarrollados en el capítulo y que recobran el testimonio directo que ofrece Piedad Bonnett de hechos como el sufrimiento y el duelo, la esquizofrenia, y la incomprensión-denuncia que hace sobre la enfermedad mental.

#### 3.1 El testimonio o el acto de testimoniar

Según la Real Academia Española el testimonio es una declaración que hace una persona para demostrar o asegurar la veracidad de un hecho del cual él ha sido testigo. Este último hecho es precisamente la cualidad que le permite a un sujeto atestiguar algo porque

presencia o adquiere un conocimiento directo y verdadero sobre algo. Etimológicamente, el testimonio viene del latín *testimonium* y significa "resultado de testificar", cuyos componentes léxicos son *testis* (testigo), más el sufijo *-monio* (calidad de).

Originariamente «testimonio» viene del griego μάρτυρας «mártir»: «aquel que da fe de algo» y supone el hecho de haber vivido o presenciado un determinado hecho. Entre los griegos, sin embargo, el uso de mártir no connota sufrimiento o sacrificio, y atiende, básicamente, al hecho de «ser fuente de primera mano». Al pasar al latín y, sobre todo, con el advenimiento de la era cristiana, mártir adquiere el significado, aún vigente, de aquel que da testimonio de su fe y sufre o muere por ello. (Blair, 2008. p. 92)

Aunque el testimonio refiera a la “declaración que hace un testigo como conocedor de un hecho de primera mano”, ha sido objeto central de diferentes disciplinas y campos como la sociología, antropología, la historia, la política, la literatura, etc., en los cuales, el testimonio ha implicado diferentes perspectivas y lógicas, pues por ejemplo, en el caso de la literatura se hace referencia al género testimonial o literatura testimonial, en el cual un autor da a conocer un hecho, que en su mayoría proviene de una experiencia dolorosa; mientras que en el campo jurídico el testimonio refiere a un procedimiento que busca establecer una “verdad judicial” (Blair, 2008. p. 89).

Como lo señala Cohen (2004) el testimonio es una narración que da cuenta de una experiencia traumática que surge de la necesidad de recrear lo vivido para que se sepa la verdad, por lo cual, es al mismo tiempo que una forma de denuncia y de lucha contra el acto que marca la historia de una persona. Quizás es por eso que el testimonio toma protagonismo en la sociedad en el siglo XX, cuando tras la Primera y Segunda Guerra Mundial emerge la figura del testigo, en el cual, el testimonio se convierte en un proceso enunciativo en donde

por primera vez «el que logró volver» puede pronunciarse y relatar su historia, siendo un “modo alternativo de narrar la historia, en relación con el discurso monológico de la historiografía del poder” (Blair, 2008. p. 88).

Por su parte, Paul Ricoeur (2004) establece que el testimonio tiene múltiples dimensiones que son asignadas según el entorno en el cual hace su aparición, sin embargo, ya sea un testimonio judicial, un testimonio historiográfico o etnográfico, el testimonio presenta su sentido originario en el uso corriente que se le da en el día a día de las relaciones sociales. Así, Ricoeur establece seis rasgos comunes que hay en todo testimonio: el primero de ellos es la *Fiabilidad*, que refiere a que el testimonio es una expresión verbal de una escena vivida, en la cual, el narrador está implicado. La segunda es la *Condición Autorreferencial*, que consiste en que

La aserción de realidad es inseparable de su acoplamiento con la autodesignación del sujeto que atestigua. De este acoplamiento procede la fórmula tipo del testimonio: *yo estaba allí...la realidad de la cosa pasada y la presencia del narrador en los lugares del hecho.* (Ricoeur, 2004, p. 211)

La tercera característica del testimonio es su *Carácter Dialógico*, en el cual, el testigo se inscribe en un intercambio que instaure una situación dialogal, donde no solamente se establece un “yo estuve allí”, sino que también se espera que los demás crean lo que se dice, pues el testimonio “no se limita a decir «yo estuve allí», añade, «creedme» (2004, p. 213). Ante esto último, surge la cuarta característica que es la *Posibilidad de Sospecha*, pues ante cualquier testimonio pueden existir dudas sobre su fiabilidad, pero estas pueden ser confrontadas en el espacio público “si no me creéis, preguntad a algún otro” (2004, p. 214).

La quinta característica es la *capacidad del testigo para reiterar su testimonio*, que refiere a que el testigo puede mantener en el tiempo su narración, de tal manera que puede responder por sus afirmaciones a cualquier persona que se las pida, una “dimensión moral de certificar su fiabilidad” (Ricoeur, 2004, p. 214). Y finalmente, la sexta característica común de un testimonio es que la disposición de atestiguar hace del testimonio un factor de seguridad, de garantía, en el conjunto de las relaciones constitutivas del vínculo social, por lo cual, todo testimonio *fomenta el vínculo social*, “en cuanto a que descansa en la confianza en la palabra del otro” (Ricoeur, 2004, p. 214), por eso, dicho crédito o confianza en el otro “hace del mundo social un mundo intersubjetivamente compartido” (Ricoeur, 2004, p. 214).

Elizabeth Jelin (2002) señala también que el testimonio requiere de una presencia “activa de quien escucha” (p.97), pues se “requieren «otros» con capacidad de interrogar y expresar curiosidad por un pasado doloroso, combinada con la capacidad de compasión y empatía” (p.86). De allí que el testimonio sea una “huella del pasado en el presente” (Ricoeur, 2004, p. 221) que no solo busca traer al presente un hecho pasado, sino que además es dirigido a otras personas, de tal forma que tanto el testimonio como sus receptores abren el diálogo para dar sentido y reconocimiento a la realidad que es transmitida por el testigo “se necesitan ambos, interactuando en un escenario compartido” (Jelin, 2002, p. 84).

El hecho de que en el testimonio exija la presencia de otros, como lo señala Ricoeur (2004) y Jelin (2002) hace referencia a que precisamente en el espacio compartido es en donde el testimonio adquiere nuevos sentidos, pues no solo se trae y exterioriza un hecho pasado, sino que se fomenta el vínculo social y la confianza en el otro. Por ello, cuando no existe esta condición el testimonio muere y con él toda posible exteriorización, en otras palabras, como lo señala Dori Laub (1992), citado por Jelin (2012)



La ausencia de un oyente empático o, de manera más radical, la ausencia de un *otro a quien dirigirse*, un otro que puede escuchar la angustia de las propias memorias y, de esa manera, afirmar y reconocer su realidad, aniquila el relato. Y es precisamente esta aniquilación final de una narrativa, que *no puede ser escuchada* y de un relato que *no puede ser presenciado o atestado*, lo que constituye el golpe mortal. (p.86)

En ese sentido, también habría que señalar que el testimonio según Blair (2008), cuando refiere a contextos de violencia y actos cuyo desenlace perjudica íntegramente la vida de las personas, pone en escena a tres tipos de testigo distintos:

*El testigo*, estrictamente hablando, quien, en la mayoría de los casos, no puede testimoniar, lo cual evidencia las lagunas de la palabra; el *testigo-víctima-sobreviviente*, que da cuenta del hecho desde su propio lugar y el *testigo-delegativo*, quien narra para contar la palabra del otro. (p. 94)

El primer tipo de testigo es lo que Jelin (2002) señala como *testigo-partícipe*, quien es la persona que vivió en carne propia una la experiencia que se relata con el testimonio; sin embargo, este tipo de testigo pone de presente dos posibles escenarios en los cuales, el testimonio rebosa sus posibilidades, estos son: «la imposibilidad de testimoniar del testigo» y la existencia de fenómenos «intestimoniabiles». En ambos casos el testimonio responde a una dificultad, y es que el *testigo-partícipe* ya no puede relatar su experiencia porque ya no existe, ya no hace parte de la sociedad, por lo cual, deja “una laguna vacía” que nadie podrá llenar. Y en ese sentido, habría que reconocer que fenómenos como el suicidio y la muerte, son en sí mismos actos «intestimoniabiles»,

Hay acontecimientos y vivencias de los que no es posible testimoniar, porque no hay sobrevivientes. Nadie ha vuelto de la cámara de gas, como nadie ha vuelto de un «vuelo de la

muerte» en Argentina, para contar su experiencia o aún silenciar su trauma. Este agujero negro de la vivencia personal, este hueco histórico, marca un límite absoluto de la capacidad de narrar. (Jelin, 2002, p. 81)

El segundo caso, el *testigo-víctima-sobreviviente*, refiere a aquel tipo de testigo que “vivió una experiencia y puede, en un momento posterior, narrarla, «dar testimonio». Se trata del testimonio en primera persona, por haber vivido lo que se intenta narrar” (p. 80). Y el tercer caso, corresponde al *testigo-delegativo*, que se ubica en el campo del «deber de memoria», en el cual, se rescata la posibilidad de hablar por otros que no han podido hacerlo o que simplemente no pudieron. Este «deber de memoria», según Jelin (2002) fue planteado por el escritor italiano de origen judío Primo Levi, quien reconoció en el «deber de memoria» un tipo de testimoniante «delegativo» o «por cuenta de terceros» y que confiere a los sobrevivientes (p. 81). Al final, son estos dos tipos de testigo, *Testigo-víctima-sobreviviente* y *testigo-delegativo* “los que constituyen el recurso más importante con el fin de hacer viable «la posibilidad de la palabra» para las víctimas y el acto de testimoniar como un acto político y moral (Blair, 2008, p. 94).

### **3.2 Testimonio y literatura**

El testimonio como se señalaba anteriormente es una manifestación narrativa que se ha analizado desde diferentes disciplinas y que engloba en sí múltiples características, sin embargo, cuando se analiza propiamente desde la literatura presenta varias problemáticas. Una de ellas, como lo señala Huertas (1994) es el hecho de que los textos testimoniales coinciden en ciertos rasgos con aquellos puramente de ficción “la recreación de vivencias

cotidianas a través de una voz en primera persona y la potenciación de los elementos referenciales del relato son características del testimonio que comparte la mayoría de las obras de ficción actuales” (Huertas, 1994, p. 165).

Añadido a lo anterior, Amar (1990) establece que un texto testimonial, al ser un texto de no-ficción, pone en debate el hecho de si se pueden o no considerarse obras literarias, pues este tipo de texto se desarrolla en el cruce de dos imposibilidades:

La de mostrarse como una ficción puesto que los hechos ocurrieron y el lector lo sabe y, por otra parte, la imposibilidad de mostrarse como un espejo fiel de esos hechos. Lo real no es describible "tal cual es" porque el lenguaje es otra realidad e impone sus leyes a lo fáctico; de algún modo lo recorta, organiza y ficcionaliza. (p. 447)

Asimismo, las obras testimoniales al no ser producto estrictamente de la ficción ni un reflejo exacto de la realidad presentan también otra dicotomía y es que “no es posible leer los textos como novelas "puras", quitándoles el valor documental; pero tampoco puede olvidarse un trabajo de escritura que impide considerarlos como meros documentos que confirman lo real” (Amar, 1990, p. 449).

Ante este panorama, habría que decir que las discusiones en torno a si una obra puede ser considerada testimonio o no, o sobre los límites que hay entre el testimonio y la obra puramente de ficción “son preguntas que mantienen abierto el debate sobre la definición del género testimonio” (Huertas, 1994, p. 169), pero que deben ser tratadas no de manera excluyente y limitante, sino no de manera dialéctica, en el sentido que plantea Ricoeur (1995), pues todo obra es una configuración que media entre lo real y la ficción; dando cuenta que en muchos casos “la escritura resiste todo encasillamiento” (Amar, 1990, p. 461).

Margaret Randall (1992), establece que debido a las múltiples posibilidades del testimonio, este se puede abordar desde dos perspectivas: el *testimonio en sí* y del *testimonio para sí*, en el primer caso se incluye toda la literatura testimonial, pues “hay novelas testimoniales, obras de teatro que dan una época o un hecho; poesía que transmite la voz de un pueblo en un momento determinado” (p. 34) y que refieren directamente la experiencia propia que tiene un narrador con la realidad; mientras que el segundo caso, más pragmático, el testimonio sólo busca dar cuenta de un hecho, sin importar la forma en la cual se construya, por ello, el *testimonio para sí*, hace “uso de material secundario: entrevistas de apoyo, documentos...que ayudan a confirmar un cuadro vivo”. (p. 35)

A diferencia del uso pragmático del testimonio, la literatura pone de presente el “carácter único del testimonio” en la medida que Felman, citado por Blair (2008), establece que “es uno de los actos más personales que se puedan realizar, ya que ser testigo es ocupar una topografía única, un lugar que no puede ser reemplazado ni reproducido” (p. 91), de tal forma que dentro de la literatura el testimonio recupera su cualidad singular, pues un hecho como suicidio puede tener múltiples relatos y sentidos, pero a través del testimonio reconocemos la vivencia única e irrepetible de un narrador-testigo frente a un hecho que en sí es multidimensional.

Huertas (1994) indica que un elemento importante de la literatura testimonial es su “conexión directa con la realidad extratextual, los elementos del relato tienen su correspondencia inmediata en el mundo exterior al texto” (Huertas, 1994, p. 167) correspondencia que no es la misma que la de los textos informativos o expositivos, en donde el que informa se identifica como tal, mientras que en la literatura testimonial, quien da cuenta de la experiencia personal es una obra, un texto en donde la voz del autor es asumida

por un personaje que se configura en la misma. De tal forma, que Huertas señala que algunas obras testimoniales pueden incluirse dentro de la categoría novelesca: “la recreación literaria del informante como personaje, aspecto éste, desde nuestro punto de vista, esencial para la inclusión del testimonio en la categoría novelesca” (1994, p. 172).

En ese sentido, Ana Amar (1990) señala que en las obras literarias testimoniales se caracterizan porque “narrativizan o ficcionalizan” las figuras provenientes de lo real, y al ser parte de una obra pasan a constituirse personajes y narradores, por ello,

Las categorías narrativas de personaje y narrador están aquí profundamente contaminadas de elementos referenciales que se "literaturizan" en el texto, son ejes que permiten el pasaje de lo real a lo literario y participan de ambos al mismo tiempo. Puede verse entonces cómo también en la organización formal interna se constituye un espacio de confluencia, porque esta subjetivización de los personajes y de los narradores los sitia tanto en el campo de lo real (al que pertenecen y de donde provienen) como en el narrativo. (p. 449)

La literatura testimonial pone en escenario lo real y lo literario al mismo tiempo, por eso, Amar (1990) señala que los personajes en vez de oscilar entre seres ficticios o "retratos" de personas reales, se establecen en un

Encuentro simultáneo de los dos componentes en la construcción de esas figuras que hay que leer como pertenecientes a los dos espacios. La posibilidad de una alternancia entre un punto de vista interno y otro externo en la narrativa queda transformada en la no-ficción por la superposición coincidente de ambos en los sujetos del texto. (p. 450)

De tal forma, que dentro de la literatura testimonial se establece una superposición coincidente entre el personaje (narración) y el sujeto (realidad), elementos imprescindibles e irreducibles, que hacen del testimonio no una copia de la realidad, sino una construcción que

tienen una “lógica interna” y que constituye una nueva realidad regida por “leyes propias” (Amar, 1990, p. 447). Por eso, la literatura testimonial

Pone en juego uno de los poderes más fascinantes que posee la literatura: el de ampliar y generar diversas relaciones entre lo real y lo imaginario; el poder de producir un pasaje y un espacio de encuentro entre dos mundos en constante acercamiento y lucha y el de cuestionar la condición de verdad y validez absolutas de la realidad.” (Amar, 1990, p. 461)

Otro rasgo central del género testimonial es que “su intención es la de provocar la discusión y un intercambio de experiencias” (Randall, 1992, p. 40) ya que no solamente un testimonio da a conocer un hecho concreto de la realidad, sino que pone en discusión los ideales y los valores que sostienen la interacción social, como el respeto, la tolerancia, la igualdad, etc., de tal forma que el testimonio se convierte en un espacio "desmitificador"(Amar, 1990): en otras palabras, como lo señala Bonnett (2017) la literatura testimonial,

Debe ser capaz de mostrar las contradicciones de la sociedad, de hundir el dedo en la llaga de sus males, de plantear problemas éticos sin caer en discursos moralistas, de poner en duda las supuestas verdades consagradas por el statu quo...un género que ha existido siempre, pero que, en esta época, como nunca antes, ofrece a los lectores temas considerados tabú y condenados al silencio social por vergonzosos o “peligrosos” una especie de intento por desprivatizar lo íntimo ofreciéndoselo a lo colectivo, es tiempo de contar, de sanar, de ayudar a otros desde la escritura de la propia experiencia. (párr. 1)

### **3.3. El testimonio novelado de Piedad Bonnett**

El testimonio como se señaló anteriormente, tiene múltiples perspectivas e implicaciones que hacen de él un género que en sí mismo pone en debate los límites que hay entre lo estrictamente descriptivo-expositivo y la creación literaria-ficcional que puede ser elaborada a partir de una experiencia personal. Sin embargo, en esta investigación se reconoce que la obra de Piedad Bonnett *Lo que no tiene nombre*, es una muestra de lo que Huertas (1994) ubica dentro de la categoría *testimonio novelado* o *novela testimonial*, pues a lo largo de su obra existen una infinidad de rasgos literarios y narrativos que logran ir más allá de una simple descripción íntima y episódica. En palabras de Valencia (2015),

Los trazos literarios y narrativos que se evidencian en el texto, el manejo del lenguaje y la facultad de la autora para generar imágenes con palabras, no permiten que se reduzca este texto a una simple autobiografía expositiva, a la mera enunciación episódica de la vida de alguien.  
(p. 2)

Y aunque si bien se podría objetar esta tesis señalando que la obra Piedad Bonnett “se distancia del testimonio dado que la primera persona no es la voz narrativa preponderante sino la tercera” (Sierra, 2016, p.2), como lo señala anteriormente Jelin (2002) el *testigo-partícipe* que da origen a su narración es su hijo Daniel Segura Bonnett, quien tras su muerte pone en escena «la imposibilidad de dar testimonio», al ser el suicidio es un acto «intestimoniabile». Hecho que sin embargo, no elimina la imposibilidad que tienen los otros, en este caso el de Piedad, para dar testimonio del sufrimiento que vivió su hijo Daniel a causa de la enfermedad mental y el sufrimiento que causa para una madre la pérdida de un hijo, y más por cuando su desenlace refirió a un acto voluntario, pues como lo menciona Bruzzone (2018) “para un padre, el suicidio de un hijo es probablemente el infierno más temible. La

persona que se suicida provoca una herida en su familia que probablemente nunca cierre (p. 39).

La obra *Lo que no tiene nombre* es un testimonio novelado porque siguiendo a Amar (1990), pone de presente las categorías narrativas de *personaje* y *narrador*, siendo Daniel Segura el personaje protagónico de su obra literaria, del cual, Piedad Bonnett se convierte en la voz narradora que recrea y da vida al trama de su hijo. Además, su narrativa se enriquece con la intertextualidad de más de veinticinco autores y reconocidos científicos, entre los que se destacan: la poeta polaca Wislawa Szymborska; el escritor español Javier Marías; el escritor ruso Vladímir Nabókov; la escritora mexicana Esther Seligson; el escritor argentino Jorge Luis Borges; el biólogo estadounidense James Dewey Watson; la poeta estadounidense Mary Jo Bang; el sociólogo alemán Norbert Elías; el dramaturgo inglés William Shakespeare; la escritora británica Virginia Woolf; el escritor checo Franz Kafka; entre otros más, de quienes se nutre la obra de Piedad Bonnett.

La obra de Piedad al hacer una organización formal interna de los hechos que marcaron la vida de Daniel Segura, se constituye en un espacio de confluencia entre lo real y lo narrativo, en tanto que la “subjektivización de los personajes y de los narradores los sitia tanto en el campo de lo real (al que pertenecen y de donde provienen) como en el narrativo” (Amar, 1990, p. 449). Lo que significa que en la obra *Lo que no tiene nombre* se establece una superposición coincidente entre la realidad (el sujeto) y lo narrativo (el personaje), de tal forma que tanto Piedad Bonnett, su esposo Rafael Segura, sus hijos Daniel, Renata y Camila son al mismo tiempo personas reales (que hacen parte de realidad extratextual) y personajes narrativos. Siendo esto una característica propia de la literatura testimonial, pues hacen del



testimonio no una copia de la realidad, “sino una construcción que tiene una “lógica interna” y que constituye una nueva realidad regida por “leyes propias” (Amar, 1990, p. 447).

Siguiendo con lo anterior, es importante también señalar que el testimonio novelado pone en juego varias virtudes que posee la literatura, entre ellas, el poder puede ampliar y generar diversas relaciones entre lo real y lo imaginario; el generar y producir encuentros entre dos mundos en constante acercamiento y lucha; y el lograr poner en cuestionamiento la condición de verdad y validez absoluta que tiene la realidad (Amar, 1990).

Todos esos elementos se pueden identificar en el testimonio novelado de Piedad Bonnett, pero para facilitar su comprensión, en esta parte de la investigación se hará referencia a ellos a partir de tres experiencias íntimamente relacionadas y sobre las cuales Bonnett configura su narración: el sufrimiento y el duelo; la esquizofrenia; y la incompreensión y denuncia sobre la enfermedad mental en Colombia.

### ***Sufrimiento y duelo***

Piedad Bonnett da testimonio de la angustia y el dolor que causa el no poder ayudar a su hijo, el saber que por más que quiera no puede hacer nada por él, el saber que a “Daniel no le alcanzaron mis abrazos” (2013, p. 115). Así, su testimonio es producto de la experiencia que tuvo como madre de un hijo diagnosticado con una enfermedad mental y la forma en que Daniel acabó con su propia vida, pues como en todo testimonio que conlleve a una situación difícil y dolorosa, se narra y se habla sobre la propia experiencia y sufrimiento. Si bien son muchos los episodios los que recuerda Bonnett en su obra, en uno se cuenta cómo en unas

vacaciones que tuvo junto a su esposo y su hijo en Brasil, fue testigo del agobio que le causaba la enfermedad mental a Daniel, así lo refleja cuando expresa:

De vuelta en el hotel, donde dormimos los tres en la misma habitación, comienza de repente a llorar y a temblar, en lo que conjeturo es un ataque de pánico. Es que ha sido muy duro, repite incesantemente. Yo hace tres años no conecto la neurona. Y confiesa que se asusta de verse, de reconocer sus limitaciones. En medio de sollozos nos confiesa que tiene paranoia... Conmovida, le aseguro que no y lo abrazo durante un buen rato y acaricio su cabeza, tratando de calmarlo como a un niño, hasta que veo que lo vence el sueño. A medianoche me meto finalmente en mi cama con el corazón encogido” (2013, p. 68)

Ante la muerte de su hijo Daniel, Piedad también narra el dolor que le causó este hecho trágico y el proceso que desató en ella el duelo que tuvo que atravesar tras su partida, así lo narra cuando señala:

Vivir un duelo: una experiencia hasta ahora para mí desconocida...Ahora sé que el dolor del alma se siente primero en el cuerpo. Que puede nacer de improviso, en forma de un repentino desaliento, de un aleteo en el estómago, de náusea, de temblor en las rodillas, de una sensación de ahogo en la garganta. O simplemente de lágrimas calientes que acuden sin llamarlas. (2013, p. 123)

Piedad Bonnett reconoce que el duelo es el dolor más solitario por el que pasa una persona cuando pierde a un ser querido, pues hay que ser fuerte y esconder las lágrimas “no por vergüenza de llorar en público, sino porque no quiero traspasar a mis padres, a mis hijas, a mi marido mis raptos dolorosos. Y porque ninguna palabra expresaría verdaderamente el sentimiento.” (2013, p. 124). Con ello, se establece que por más que una persona quiera expresar el dolor que causa la muerte de un ser amado, las palabras no logran dar cuenta de

la magnitud del dolor y el sufrimiento. Y aunque lo mismo ocurre con Bonnett, las palabras son el único vehículo que le permiten a ella enfrentar la realidad,

Daniel se mató, repito una y otra vez en mi cabeza, y aunque sé que mi lengua jamás podrá dar testimonio de lo que está más allá del lenguaje, hoy vuelvo tercamente a lidiar con las palabras para tratar de bucear en el fondo de su muerte, de sacudir el agua empozada, buscando, no la verdad, que no existe, sino que los rostros que tuvo en la vida aparezcan en los reflejos vacilantes de la oscura superficie. (2013, p. 19)

Al final de su obra, Piedad Bonnett se cuestiona el porqué escribió el libro *Lo que no tiene nombre*, ante este interrogante, ella misma señala:

Quizá porque un libro se escribe sobre todo para hacerse preguntas./Porque narrar equivale a distanciar, a dar perspectiva y sentido./Porque contando mi historia tal vez cuento muchas otras./Porque a pesar de todo, de mi confusión y mi desaliento, todavía tengo fe en las palabras./Porque aunque envidio a los que pueden hacer literatura con dramas ajenos, yo sólo puedo alimentarme de mis propias entrañas./Pero sobre todo porque, como escribe Millás, «la escritura abre y cauteriza al mismo tiempo las heridas» (2013, p. 126)

Entre los seis rasgos que señala Ricoeur como características propias del testimonio, se pueden destacar dos, entre ellas, que el testimonio tiene *carácter dialógico*, en el cual, el testigo se inscribe en un intercambio que instaura una situación dialogal con otros, y el segundo, es que el testimonio *fomenta el vínculo social*, porque crea vínculos en el que se retoma la confianza de la palabra del otro. En este sentido, Piedad Bonnett logra trascender la historia personal y una vez dentro de la obra enuncia su experiencia como narradora, interactúa y crea un diálogo con el lector, generando un vínculo directo con este.

El lector en la obra de Bonnett, no sólo logra conocer la historia de sufrimiento que vivió Daniel Segura debido a su enfermedad y el desenlace final de su muerte, sino que surgen nuevos relatos a partir de su testimonio. Así, luego de que se publicara la obra *Lo que no tiene nombre*, Piedad manifiesta que muchas personas la abordaron de manera verbal y escrita para compartir con ella sus propias experiencias con relación al suicidio y la esquizofrenia, pues ella misma lo señala: “el dolor se apacigua al ser compartido con otros” (Bonnett, 2013, p. 33). Al respecto menciona,

He recibido infinidad de cartas desde que publiqué *Lo que no tiene nombre*, el libro que narra la gigantesca batalla de mi hijo Daniel contra un trastorno esquizo-afectivo y su salida final, el suicidio. Y debo confesar que jamás soñé con que esa sencilla pero trágica historia me enfrentara a una respuesta explícita de tales dimensiones y cargada de un dolor tan enorme.” (Bonnett, enero del 2014, párr. 3)

Como lo señala Bonnett “lo que he podido constatar en estos meses gracias a sus testimonios es que la enfermedad mental y el suicidio son realidades mucho más amplias de lo que nos imaginamos y que siguen siendo silenciadas en esta sociedad” (enero del 2014, párr. 3). Y es que a pesar de los avances científicos la enfermedad mental sigue siendo estigmatizada por la mayoría de las personas, y el suicidio, a pesar de ser un tema debatido ampliamente por diversos académicos y distintas disciplinas, sigue siendo un tema tabú en la sociedad, sigue generando vergüenza e incomprensión. Frente a los diferentes relatos que son dirigidos a Bonnett, hay uno que ella recuerda con gran ahínco,

Uno de los más hermosos testimonios vino de una mujer mayor, pequeñita y digna, que después de una de las presentaciones de mi libro confesó en voz alta, con voz conmovida pero firme, que después del suicidio de uno de sus hijos ni ella, ni su esposo, ni los hermanos, volvieron a

mencionar su nombre, avasallados por el tabú y la vergüenza y la tristeza; y que treinta años después se dolía de esa incompreensión frente al hijo muerto y de ese silencio que equivale al olvido y que abrió una grieta de silencio entre los miembros de la familia. (Bonnett, enero del 2014, párr. 4)

El testimonio de Piedad, es también exaltado por académicos dentro de la misma obra, pues en la contraportada de *Lo que no tiene Nombre*, aparecen comentarios que ciertos escritores y ensayistas hacen sobre su obra, entre ellos, el de Luis García Montero, Andrés Neuman y Pablo Ramos: Este último, exalta la obra de Bonnett porque es

Un testimonio demoledor del hecho más doloroso que una mujer puede imaginar para su vida, escrito con la pluma pesada y pudorosa que sólo puede tener quien se sabe vencida por los demonios pero aún nos mira desde los ojos de sus ángeles. Me da terror y me angustia sentir que este libro es bello, pero eso es: un libro de una belleza notable, ahogada y triste, muda de música, pero tan real como la vida misma. (Contraportada, Bonnett, 2013)

La obra de Bonnett al ser un testimonio novelado, logra lo que pretende toda la literatura en la medida en que trasciende el carácter privado e íntimo de una experiencia y se orienta al otro, al lector, para que él en su ejercicio de lectura no solo reviva el texto, la historia y el personaje protagónico, Daniel Segura Bonnett, sino que su experiencia y comprensión del mundo se amplifique, pues “la experiencia de otro puede iluminar y ampliar nuestra propia experiencia del mundo” (Bonnett, 21 de abril del 2012, párr. 3).

### ***Incomprensión y denuncia***

Como anteriormente se mencionó, uno de los elementos que caracteriza el testimonio es que muchas de sus expresiones tienen *carácter de denuncia* (Cohen, 2004), rasgo que también se hace presente en el testimonio novelado de Bonnett, en el que no sólo se narra una tragedia familiar, sino que se hacen serias críticas tanto a la formulación de medicamentos sin ninguna explicación detallada de sus efectos secundarios; al sistema de salud, a la falta de rigurosidad médica.

En el caso de la formulación de medicamentos sin ninguna explicación detallada de sus efectos secundarios, Bonnett señala que si bien la enfermedad de su hijo no tiene una explicación médica ni científica que explique las razones exactas por las cuales su hijo fue diagnosticado con esquizofrenia, sí reconoce que para que se desarrolle una la enfermedad mental debe haber una predisposición y un detonante, “me pregunto cuál pudo ser este en el caso de Daniel, y mi intuición me dice, una y otra vez, que fue la medicación contra el acné” (Bonnett, 2013, p. 62). Ese medicamento al que Piedad Bonnett se refiere es el Roacután, un fármaco que es usado para combatir el acné severo y que Daniel tomó debido a la formulación que le hizo su dermatóloga a la edad de diecinueve años, para contrarrestar un acné tardío que nadie pudo tratar y que lo llevó a tomar ese medicamento sumamente peligroso que pone en riesgo al hígado y “a medida que su piel se transformaba, se enrojecía, se descascaraba. Daniel se hundía en la oscuridad de la depresión” (Bonnett, 2013, p. 48). En consecuencia, el testimonio de Bonnett hace una crítica a la forma frente al uso y los alcances de este fármaco, así menciona:

Hoy yo no sabría decir si el Roacután causó la enfermedad, si la potenció porque había una predisposición o si se trató de una casualidad de fechas. Sólo sé que nadie hizo un estudio de antecedentes a la hora de formularle. Y me pregunto: ¿debe venderse un medicamento tan

cuestionado? ¿Su comprobada eficacia en erradicar el acné justifica que unos cuantos seres (las excepciones) arruinen su salud y su vida? ¿Están los médicos informando a sus pacientes sobre la gravedad de todos sus riesgos? Si cuento algo tan íntimo y doloroso, apreciado lector, es porque creo que mi testimonio puede servir a muchos. (Bonnett, 1 de diciembre del 2012, párr. 3)

Por otro lado, en la obra *Lo que no tiene nombre* se hace se denuncia también un hecho preocupante para la sociedad colombiana, y es que el sistema de salud sigue teniendo deficiencias en el tratamiento de enfermedades mentales, no solamente el número de personal disponible, sino también en el número de consultas y el seguimiento que se le hace a un paciente diagnosticado con ese tipo de enfermedades. Ante ello, y a partir de la experiencia que tienen Bonnett con el tratamiento de su hijo, lanza una denuncia en contra del sistema cuando sostiene:

Las compañías prestadoras de salud autorizan un máximo de treinta consultas psiquiátricas individuales por paciente al año, cada una de máximo cuarenta minutos. Eso no sirve a un paciente con una enfermedad grave que queremos sacar adelante. Se debe acudir a consultas privadas. (Bonnett, 2013, p. 92)

Ante esta realidad, Piedad Bonnett se ve obligada junto con su familia a acudir a consultas privadas tanto de psiquiatría como de psicología para intentar ayudar a su hijo, pues su enfermedad es grave, y la respuesta que reciben de la entidad promotora de salud al que se encuentran afiliados, no es suficiente; sin embargo, en el caso de Daniel, las condiciones socioeconómicas de la familia podían cubrir ese tipo de gastos extras, pero para una familia promedio, como lo menciona Bonnett, esa opción es inalcanzable debido a los altos costos que tiene por ejemplo, ir a un consulta con un psiquiatra.

En el transcurrir de la enfermedad de Daniel Segura, Bonnett da testimonio de varios episodios en los cuales, las personas que trataban a su hijo cometieron fallas en su diagnóstico o tratamiento. En una ocasión Daniel experimento luego de un viaje una fuerte crisis causada por una pausa en su tratamiento debido a la recomendación de su médico, y una vez regresa al país, se ven obligados a “renunciar a los servicios de sus terapeutas actuales, que se han equivocado de manera rotunda o a los que tal vez Daniel ha logrado engañar, y buscar un médico que nos garantice un tratamiento adecuado” (Bonnett, 2013, 79). Por otro lado, luego del suicidio de Daniel, sus padres van a visitar a la persona que lo estuvo tratando en sus últimos días en Nueva York, y se encuentran con una doctora que al recibirlos, se muestra nerviosa y preocupada,

Allí mismo nos enteramos de que le aconsejó disminuir la dosis de su anti-psicótico, aunque nunca pidió la historia clínica de su paciente ni sabía cuál era su diagnóstico. Para ella lo único extraño era que nuestro hijo tomara un medicamento tan delicado, cuando era «un muchacho bastante normal...Un chico preocupado por su futuro profesional, por las jovencitas de su entorno y por el amor, con inquietudes totalmente propias de su edad». Su suicidio la ha dejado pasmada, desconcertada. (Bonnett, 2013, p. 100)

Tanto la enfermedad mental de la esquizofrenia como el suicidio siguen siendo una realidad incomprensible, ambos hechos generan un gran sufrimiento no solo para el paciente o la persona que se suicida, sino también para sus familias, que en muchos casos son juzgadas sin conocer el alcance y el dolor que viven al ser testigos directos del padecimiento y horror que viven sus familiares. Según el Instituto Nacional de la Salud Mental (2015) la esquizofrenia y el suicidio están altamente relacionados pues los comportamientos suicidas son muy comunes en las personas con esquizofrenia, de tal forma que, “las personas con esquizofrenia



mueren antes que las personas que no tienen una enfermedad mental, en parte por el mayor riesgo de suicidio” (p.9)

Otro rasgo que se establecía en torno al testimonio es que como lo señalaba Amar (1990), se convierte en un *espacio desmitificador*, en el sentido que pone de presente la realidad de un fenómeno tal como es, en el caso de Bonnett, se reconoce que el suicidio es un “acto voluntario, una elección” que elección válida que debe ser respetada, “es desconcertante y doloroso un suicidio, y más de alguien tan joven, pero al fin y al cabo, fue un acto voluntario, una elección” (Bonnett, 2013, p. 42), pues en últimas, como lo señala Jean Améry (2005) “el ser humano se pertenece esencialmente a sí mismo, y esto al margen de la red de vínculos sociales, al margen de una fatalidad y un prejuicio biológicos que le condenan a la vida”(p. 101).

Ante este hecho la obra de Bonnett señala que la muerte es algo natural, un destino al que todas las personas debemos llegar en algún momento, Bonnett al igual que su familia, ven la muerte como “una culminación y un tránsito hacia otro lugar, sino de esa forma a la vez descarnada y sin consuelo a la que la ha reducido la historia moderna: un hecho simple, natural, tan aleatorio como la vida misma” (Bonnett, 2013, p. 26). Por eso Bonnett señala que hay muchas “muertes que nos duelen o nos escandalizan. Pero cientos de fallecimientos ocurren cada día. Y, no me miento, la de mi hijo es tan sólo una de esas infinitas muertes” (Bonnett, 2013, p. 128).

### ***La esquizofrenia***

Piedad Bonnett da testimonio del infierno que vivió su hijo Daniel a causa de su enfermedad mental, la cual comenzó en el 2003, cuando tenía veinte años de edad, pues para esa época su hijo,

Fue tratado por una respetada dermatóloga por un acné nodular con la sustancia isotretinoína, mejor conocida como Roacután. Firmamos un documento en que constaba que conocíamos los riesgos de esa droga (que van desde enfermedad intestinal inflamatoria, granuloma biogénico, linfadenopatía, pancreatitis, hasta “riesgo extremadamente alto” de malformaciones del feto cuando la paciente queda embarazada durante el consumo del medicamento), pues estaría sometido a rigurosos controles. Un mes después de estarlo tomando, Daniel se hundió en una depresión grave que derivó en un episodio psicótico y en otras complicaciones mentales que transformaron dolorosamente su vida y la de la familia. (Bonnett, diciembre 2012, párr. 1)

Cuando Daniel comienza a tener episodios de depresión, Bonnett narra que acuden a una psicóloga en recurrentes ocasiones quien en su momento les dice que estas manifestaciones de conducta son normales, que Daniel está pasando por etapas de desconcierto habituales en la juventud. Sin embargo, luego de un viaje a Europa de vacaciones y de visitar a su Hermana Renata, quien vivía en Nueva York, ella se da cuenta de que su hermano está “raro” que “habla con insistencia de sus opciones de vida, que no duerme, que sale a dar paseos y regresa de inmediato, que tiene súbitos accesos de llanto” (Bonnett, 2013, p. 60).

Tras este hecho, Daniel regresa a Bogotá y de inmediato la familia lo lleva a donde su psicóloga quien “después de atenderlo por una hora me asegura que nada anormal pasa. Daniel está simplemente deprimido, confuso, impaciente” (Bonnett, 2013, p. 60). No obstante

Daniel camina como un zombi a mi lado, ajeno a todo. Como crece en él una irritabilidad que hasta ahora no conocíamos, y que lo lleva un día a gritarme sin razón ninguna, lo enfrento y lo obligo a que vayamos juntos a la siguiente consulta. El entra primero, se demora allí unos diez minutos, y cuando la psicóloga me hace entrar veo su cara alarmada, sus ojos desorbitados. Ahora ha comprendido que algo grave pasa. Me aconseja no dejarlo solo, vigilar sus movimientos, y me remite a un psiquiatra para que lo diagnostique y proceda a medicarlo... Y comienza una etapa de tristes y definitivas equivocaciones” (Bonnett, 2013, p. 60).

En la consulta de psiquiatría, Bonnett narra cómo a partir de esta consulta, la vida de su hijo y la de su familia cambia, así ella misma lo cuenta:

Todo es espectral y desasosegante en el consultorio del psiquiatra al que nos ha remitido la psicóloga: la luz enfermiza de la lámpara, las paredes despojadas, el pasillo incierto, y el médico mismo, un hombre sin sonrisa. Nos habla de modo cortante, sin el menor rasgo de compasión, pero nos habla... Pero lo que nos dice lo recibo como un golpe en el estómago. Durante el trayecto de regreso, con sus palabras en mi cabeza, empiezo a sentir mareo, náuseas, dolor en el pecho. Entro corriendo a la casa, subo al baño, me arrodillo delante del inodoro y vomito hasta vaciar las tripas...no puede ser, no puede ser, no puede ser. (2013, p. 61)

Pero a pesar de la negación, la realidad es contundente, Daniel es diagnosticado con una enfermedad mental, una enfermedad que nadie quiere nombrar: “no voy a pronunciar el nombre de esa enfermedad, piensa el médico, porque no quiero rotularlo, no quiero condenarlo, ni voy a hacerle perder las esperanzas y sumergirlo en la desesperación” (Bonnett, 2013, p. 47); “no voy a pronunciar ese nombre, dice el enfermo, porque van a huir de mí, porque me abandonarán, porque me recluirán, porque no me amaran ni se casaran conmigo. Porque me mirarán con miedo” (Bonnett, 2013, p. 48). Será finalmente Piedad Bonnett quien le dirá a su hijo lo que nadie quiere decir:

Años más tarde, cuando parece definitivamente confirmado que lo suyo es un trastorno esquizo-afectivo, me atrevo a ser clara con Daniel sobre lo que ningún médico quiere llamar por su nombre frente a él. Me pregunta, con los ojos muy abiertos, si eso es para siempre. Y yo, tragándome las lágrimas, le contesto: —Sí, Dani, para siempre. (Bonnett, 2013, p. 62).

La esquizofrenia que sufrió Daniel fue como lo testimonia Bonnett (2013) “una batalla dolorosa y sin tregua, a la que él le sumó el esfuerzo desmesurado de parecer un ser corriente, sano como cualquiera de nosotros” (p. 41). Así, Daniel no sólo se vio obligado a luchar contra una enfermedad, sino que se esforzó porque nadie a su alrededor se diera cuenta de su enfermedad, pues a pesar de que las alusiones y episodios de crisis eran una amenaza latente en su vida, “la fuerza de su racionalidad dio siempre una dura batalla contra la fuerza de sus emociones” (p.55). En una consulta con el psiquiatra, éste le dice a Piedad que su hijo, su mundo mental “necesariamente era distinto al nuestro, que aun en sus mejores momentos el día a día debía implicar para él un esfuerzo sobrehumano... que su enfermedad convierte la vida en una interminable pesadilla” (p. 47). Pesadilla que era en gran medida desconocida por Piedad Bonnett,

No sé qué visiones perseguían a Daniel. Sé por alguna novia que a medianoche despertaba muchas veces aterrorizado, daba un salto, y salía de la habitación para regresar al rato. Que más de una vez oyó voces, algunas de hombres que venían a atacarlo. Que en sus crisis, según le confesó a su psiquiatra, una de esas voces le decía al oído: «mátese, mátese». Que por temporadas sentía que era vigilado, censurado, perseguido. Que veía señales en las cosas minúsculas.” (Bonnett, 2013, p. 90).

Su testimonio es una denuncia a la estigmatización que se tiene en Colombia frente a la enfermedad mental, pues la sociedad sabe muy poco sobre este tema e incapaz de comprender el gran sufrimiento que causa tanto en el paciente como en sus familias, y debido a los

síntomas que genera su enfermedad como asociaciones incoherentes, crisis ansiosas, etc., las personas los trata de los “locos” y se los aísla, pues “la enfermedad mental es una condena que aísla, que convierte al que la padece en alguien ajeno a los demás, al que queremos mantener un poco distante” (Bonnett, 2013, p. 42). Por lo que muchas veces terminan solos y ven como única salida el acabar con su propia vida. Por eso, como lo señala Bonnett, los enfermos mentales no son un peligro para los demás, pues “la mayoría de los que ejercen alguna violencia, lo hacen sobre sí mismos. Se matan, porque no resisten sus tristes vidas: la depresión, el aislamiento, el insomnio, las voces, las alucinaciones” (Bonnett, marzo 2018, párr. 2).

Según el Instituto Nacional de la Salud Mental (2015) de los Estados Unidos, la esquizofrenia es un trastorno mental crónico y grave que afecta la capacidad de una persona para pensar, sentir y actuar de manera habitual, es un trastorno que afecta a 7 u 8 personas de cada 1.000, y las cuales,

Escuchan o ven cosas que no están allí o piensan que los demás pueden leer su mente, controlar sus pensamientos o conspirar para hacerles daño. Esto puede aterrorizarlos y convertirlos en personas retraídas o extremadamente agitadas. Las personas con esquizofrenia a veces hablan de cosas extrañas o inusuales, lo que puede hacer difícil mantener una conversación con ellas.

También pueden durar horas sentados sin hablar ni moverse. (p. 2)

Y aunque en la actualidad se desconoce la causa por la cual se da la esquizofrenia, las investigaciones recientes “han descubierto que las personas con esquizofrenia suelen tener índices más altos de mutaciones genéticas raras. Estas diferencias genéticas implican cientos de genes diferentes y es probable que interrumpen el desarrollo del cerebro de manera diversa y sutil” (Instituto Nacional de la Salud Mental, 2015, p. 9). Asimismo, los científicos creen

que la esquizofrenia se puede deber a “un desequilibrio en las reacciones químicas relacionadas con la dopamina y el glutamato, y posiblemente otros neurotransmisores” (Instituto Nacional de la Salud Mental, 2015, p. 10).

La esquizofrenia al ser una enfermedad de tipo mental, crea en sí misma un estigma en torno al paciente que la padece, por eso, las personas que sufren de este trastorno, a menudo prefieren no hablar sobre él y lo convierten en el gran secreto de sus vidas, como ocurrió con Daniel Segura, quien nunca le contó a los demás que sufría de esta enfermedad y de la cual, las personas sólo se enteraron después de muerte, cuando su madre, Piedad Bonnett, reveló a todos el gran secreto de su hijo: que padecía desde los veinte años de una enfermedad mental, con la cual, luchó hasta el último día de su vida y que cayó debido al miedo de ser estigmatizado. Así lo testimonia Piedad cuando narra que,

Cuando a sus veinte años Daniel empezó a tener comportamientos extraños, algunos amigos lo abandonaron, cediendo al primitivo miedo que nos causa la locura. Su gran pérdida fue una de sus mejores amigas, que le cerró las puertas de su casa de manera definitiva... Desde entonces, teniendo ya conciencia de que es una realidad insoslayable, convierte la enfermedad en el gran secreto de su vida: el temor al estigma es desde entonces un miedo más. Solidarios con él, nosotros también callamos. (2013, p. 90)

Piedad Bonnett en su obra *Lo que no tiene nombre* (2013) da testimonio de los efectos secundarios que tienen para Daniel los medicamentos que controlan su enfermedad, como el sueño profundo, el desánimo, el ensimismamiento, cambios de humor, etc., los cuales a su vez le permitieron alzar etapas “completas de normalidad, de plenitud, de felicidad” (p.116). Como lo señala Sierra (2016), en el caso de la enfermedad mental “la medicación cumple la función de contención, es la camisa de fuerza de la psiquiatría actual. Como toda camisa de

fuerza, deja sus huellas, tiene efectos secundarios, pero es el único camino posible para los pacientes” (p.53).

En Estados Unidos, cuando Daniel adelanta sus estudios de posgrado, sufre una recaída debido al estrés que le produce la carga académica, por lo cual, su psiquiatra decide formular un medicamento más fuerte que le provoca a Daniel grandes lapsos de sueño, pero que le permiten que sus pensamientos no se disocian ni se alteren. Sin embargo, en una ocasión Daniel confesó a su madre que durante algunos años atrás él había dejado de tomar su medicamento por unos meses y “*jamás fui tan feliz*” (Bonnett, 2013, p. 93). Esta dicotomía la refleja Piedad cuando señala la realidad de una persona con una enfermedad mental,

Pero ahora mi personalidad está dividida. Estoy habitado por otro, y ese otro recuerda, desgraciadamente, al que en verdad soy. No puedo ser ni uno ni otro. Sin droga, no soy yo. Con droga, dejó de ser yo. Yo mismo soy la cuarta pared. (2013, p. 116)

Finalmente, el testimonio novelado de Piedad Bonnett también demuestra como en la sociedad capitalista actual, la persona que sufre de alguna enfermedad mental no solo tiene que luchar contra el sistema médico, la incomprensión y el estigma social, sino además debe enfrentarse a los imaginarios de éxito y fracaso que la sociedad le impone, pues en el caso de Daniel, además de los padecimientos propios de su enfermedad lo atormentaba su futuro profesional y económico, “uno de los terrores que lo obsesionaban era el de la escasez. *Ya nadie compra pintura, mamá, me decía. ¿De qué voy a vivir?*” (Bonnett, 2013, p. 106).

Es tal la preocupación y la presión que tiene Daniel sobre su realización profesional y económica, que se ve inclinado a realizar estudios de arquitectura en su maestría, y por lo cual se inclina también a estudiar Administración de Arte en su doctorado, yendo en contra

de su propia vocación de artista, pues el ideal que impone la sociedad capitalista es uno en el cual el ser exitoso es quien tiene un trabajo con un gran estatus, con un gran salario, con una vida llena de lujos y comodidades, en fin, cosas que son idealizadas, pero que esconden el sometimiento y enajenación de del trabajo y del mismo ser humano. En un acto reflexivo, Bonnett en su obra señala: “qué difícil es escapar a la ortodoxia, a los caminos trazados por una sociedad que determina cuáles son las formas del éxito. Transitamos casi siempre por vías estrechas, buscando una supuesta coherencia, asustados por el caos o el diletantismo” (Bonnett, 2013, p. 107).



## Conclusiones

En el desarrollo de este trabajo de investigación se pudo demostrar como el suicidio, la memoria y el testimonio son categorías transversales que permiten analizar la obra *Lo que no tiene nombre* de Piedad Bonnett, un texto que por su riqueza narrativa hace parte de la literatura colombiana, en cuanto a que es un testimonio novelado que da cuenta de un suceso único e irrepetible en el mundo, el suicidio de Daniel Segura Bonnett, un joven que a los veintiocho años decide quitarse la vida, producto del sufrimiento que le causó la enfermedad mental de la esquizofrenia.

De acuerdo a los datos registrados por la Organización Mundial de la Salud OMS (2014), se establece que más de 800.000 personas mueran cada año por suicidio, un hecho que debido a su magnitud debe ser un tema central para la sociedad, pues el suicidio es una realidad latente, que no solamente causa dolor y sufrimiento al suicidante y a su familia, sino que también genera una onda expansiva que atañe a toda la sociedad.

La obra de Bonnett al igual que la literatura misma, ayuda a tener una mayor comprensión del suicidio, pues allí se reconoce que la muerte voluntaria es un acto singular, que no puede ser abarcado a totalidad por las ciencias naturales y positivistas; por lo cual, cuando hace parte de un topos literario recobra otras dimensiones que se escapan a los estudios estadísticos, objetivos y descriptivos que se hacen de la muerte autoinfligida. En ese sentido, dentro de la obra de Bonnett se reconoce suicidio como un acto libre, una decisión propiamente humana, que aunque sea dolorosa, debe ser respetada pues responde a una acción legítima que puede tomar un hombre para acabar con su sufrimiento.

Dentro de la filosofía, el suicidio pone de presente el hecho de que el ser humano es ante todo un ser libre, y en consecuencia “nadie puede experimentar más intensamente el hecho de estar condenado a la libertad que el suicidario” (Améry, 2005, p. 141). De allí que en el caso de Daniel segura, la vida fuera una elección para él hasta el último momento, pues el hombre es el único juez que puede decidir si quiere o no permanecer en este mundo.

Como lo señala Jiménez, et al, (2014) el suicidio se compone de una compleja red de momentos que el suicidante -la persona que decide acabar con su vida- realiza para poder acabar con su vida. Uno de ellos, el más desconocido es el de levantar “la cuarta pared”, en el cual, el suicidante cierra sus ojos y se olvida de todo lo que hay a su alrededor, pues debe acabar con todo aquello que lo arraiga al mundo, con el amor de sus padres, el de todos esos seres que lo amaron y que él amó, con sus recuerdos, con sus alegrías, con sus esperanzas, al final él solo debe levantar la cuarta pared de su desesperanza. Por ello, levantar “la cuarta pared” es quizás el trabajo más doloroso que debe hacer el suicidante. En el caso de Daniel, la construcción de esta cuarta pared lo llevó a suicidarse el sábado 14 de mayo del 2011; un hecho trágico e inapelable, pues como lo señala Bonnett “ningún amor es útil para aquel que ha decidido matarse. En el momento definitivo, el suicida sólo debe pensar en sí mismo para no perder la fuerza” (Bonnett, 2013, p. 119).

El suicidio es y seguirá siendo un gran enigma para la comprensión humana, pues todos los asuntos y hechos de la vida los explicamos a través de su propia lógica, pero el suicidio, como lo mencionan varios autores es un acto que no corresponde a la vida, que desborda sus límites ya que atenta contra la corriente vitalista y existencial de que la vida es el bien supremo. En el caso de Daniel, el suicidio fue la única salida posible para acabar con su

padecimiento, y como lo señala Bonnett, aunque desconcertante y doloroso “al fin y al cabo, fue un acto voluntario, una elección, un alivio” (2013, p. 42).

En cuanto a la memoria, se puede establecer que la obra *Lo que no tiene nombre* es una construcción por y para configurar la memoria de Daniel Segura Bonnett, que logra alcanzar el escenario colectivo mediante la huella escrita que crea Piedad con su obra, y la cual, como ella misma se lo propone, logra dar vida al recuerdo de Daniel mediante las palabras, que “son móviles, que hablan siempre de manera distinta, no petrifican, no hacen las veces de tumba” (2013, p. 131).

*Lo que no tiene nombre* es también el resultado de una lucha constante contra el olvido, una realidad de la que muy pocos logramos escapar, pues la muerte de los seres humanos no solo acaba con el ser físico que es el cuerpo, sino que con el tiempo logra desaparecer todo indicio de existencia, pues finalmente todos estamos condenados al olvido porque llegará el día en que no habrá nadie que pueda recordar quiénes fuimos. El olvido de los muertos sólo es posible contrarrestarlo gracias a las huellas que pueden reconstruirse en la memoria de los que aún viven, de allí se explica el esfuerzo constante que hace Piedad por mantener el recuerdo vivo de su hijo Daniel y así arrebatarlo del olvido.

La memoria en ese sentido no puede analizarse al margen de su condición temporal, pues como señala Ricoeur (2004) “no tenemos otro recurso, sobre la referencia al pasado, que la memoria misma” (p. 40). De tal manera que la dimensión del tiempo cobra dinamismo dentro de la obra *Lo que no tiene nombre*, pues con ella, se establece la condición del triple presente que propone San Agustín, en tanto que el ejercicio de la memoria se recrea y se orienta entre el pasado, presente y futuro. Pasado, porque tanto la obra como la vida de Daniel se insertan en un tiempo anterior; presente porque a través de la lectura el recuerdo de su hijo

y la obra misma son traídos al ahora; y futuro, porque la memoria en tanto que es producto de un esfuerzo, de un reconcomiendo, el cual es plasmado en la obra, puede ampliar no solamente el recuerdo de Daniel, sino también la experiencia que tiene el lector del mundo.

En este aspecto, también es pertinente recalcar que la obra *Lo que no tiene nombre*, es producto no tanto del recuerdo, sino del reconocimiento, pues la evocación que se hace del pasado no es producto de un acto involuntario, sino que es una búsqueda, un esfuerzo consciente por traer al presente algo que se inserta en el pasado, como lo es el caso de la vida y obra de Daniel Segura, y en el cual, la memoria no sólo se limita a un ejercicio de traer al presente un hecho anterior, sino que se orienta también al futuro, en la medida en que crea una huella documental que busca trascender en el tiempo.

Asimismo, se puede establecer que la obra de Bonnett traspasa el aspecto íntimo e individual de la memoria y pasa a formar parte del entretejido de tradiciones orales y escritas que componen la memoria colectiva. Por lo cual, cada vez que una persona decide leer *Lo que no tienen nombre* no solo trae al presente la historia de Daniel, sino que logra dar vida a su recuerdo, pues si bien la vida es física, la literatura y la escritura, como se mencionó antes, logran dar vida a través de las palabras.

La obra *Lo que no tiene nombre* es también producto de la necesidad que tienen los escritores de exteriorizar sus pensamientos, ideas, vivencias e incluso tragedias, y que en el caso de Bonnett, se materializa mediante un testimonio que recrea una experiencia personal y traumática, y en donde se narran temas considerados tabú y condenados al silencio, como lo son el suicidio y la enfermedad mental. Pero a diferencia del testimonio meramente expositivo y descriptivo, el testimonio de Piedad Bonnett puede catalogarse siguiendo a Huertas (1994) y Amar (1990) como un *testimonio novelado*, debido a que utiliza figuras y

recursos propios de la literatura como lo son: las figuras de personaje y narrador, el lenguaje figurado, el uso de figuras retóricas, la intertextualidad, entre otros.

Siguiendo a Cohen (2004) se establece que el testimonio novelado de Bonnett se caracteriza también porque tiene un carácter de denuncia, en la medida en que la obra demuestra cómo los pacientes que sufren de una enfermedad mental no solo deben luchar contra su diagnóstico, sino también contra el estigma, la incompreensión, las falencias del sistema de salud, las malas prácticas médicas, el abandono y demás elementos que los condenan y los excluyen de la sociedad. Por eso, la obra *Lo que no tienen nombre* de Piedad Bonnett, es un reflejo del dolor y sufrimiento que cientos de personas han tenido que vivir a causa del suicidio y la enfermedad mental, realidades que hacen parte de nuestra sociedad y que muchas veces se convierten en actos innombrables y condenados al olvido.

## Bibliografía

Abad Faciolince, Héctor. (13 de septiembre 2008). Escritores que se matan. *El Espectador*.

Recuperado de: <https://www.elespectador.com/opinion/escritores-que-se-matan-columna-37914>

Alarcón, Joaquín. (2016). Moralidad y sinsentido: Wittgenstein sobre el suicidio.

*Individualia*, (5), p 1-13. Recuperado de:

[https://www.academia.edu/35519695/Moralidad\\_y\\_sinsentido\\_Wittgenstein\\_sobre\\_el\\_suicidio\\_Morality\\_And\\_Nonsense\\_Wittgenstein\\_On\\_Suicide](https://www.academia.edu/35519695/Moralidad_y_sinsentido_Wittgenstein_sobre_el_suicidio_Morality_And_Nonsense_Wittgenstein_On_Suicide)

Amar, Ana. (1990). La ficción del testimonio. *Revista Iberoamericana*, 56, (151), 447-461.

Recuperado de:

<https://revistaiberoamericana.pitt.edu/ojs/index.php/Iberoamericana/article/view/4724>

Améry, Jean. (2005). *Levantarse la mano sobre uno mismo: Discurso sobre la muerte voluntaria*. España: Pre-Textos.

Ballesteros, Soledad. (1999). Memoria humana: investigación y teoría. *Psicothema*, 11, (4),

705-723. Recuperado de: <http://www.psicothema.com/pdf/323.pdf>

Belvedresi, Rosa. (2006). Consideraciones acerca de la memoria, el olvido y el perdón a partir de los aportes de P. Ricoeur. *Revista Latinoamericana de Filosofía*, 32, (2), 119

- 211. Recuperado de: <http://www.scielo.org.ar/pdf/rlf/v32n2/v32n2a02.pdf>

- Belvedresi, Rosa. (2017). La teoría de Ricoeur sobre el reconocimiento: sus aplicaciones para la memoria y la historia. *Páginas de Filosofía*, (12), 9-28. Recuperado de: <http://revela.uncoma.edu.ar/htdoc/revele/index.php/filosofia/index>
- Blair, Elsa. (2008). Los testimonios o las narrativas de la(s) memoria(s). *Estudios Políticos*, (32), 85-115. Recuperado de: <https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/5263800.pdf>
- Bonnett, Piedad. (21 de abril del 2012). Por ser yo quien soy. *El Espectador*. Recuperado de: <https://www.elespectador.com/opinion/por-ser-yo-quien-soy-columna-340311/>
- Bonnett, Piedad. (1 de diciembre del 2012). Dudas que matan. *El Espectador*. Recuperado de: <https://www.elespectador.com/opinion/dudas-que-matan-columna-390182/>
- Bonnett, Piedad. (2013). *Lo que no tiene nombre*. Colombia: Alfaguara.
- Bonnett, Piedad. (26 de enero del 2014). Esa otra mirada que también es suya. *El Espectador*. Recuperado de: <https://www.elespectador.com/noticias/salud/esa-otra-mirada-que-tambien-es-suya/>
- Bonnett, Piedad. (11 de febrero del 2017). Escritura y reparación. *El Espectador*. Recuperado de: <https://www.elespectador.com/opinion/escritura-y-reparacion-columna-679405/>
- Bonnett, Piedad. (17 de marzo del 2018). Enfermedad e incompreensión. *El Espectador*. Recuperado de: <https://www.elespectador.com/opinion/enfermedad-e-incomprension-columna-744978/>

Bonnett, Piedad. (16 de junio del 2018). Cuidado con las palabras. *El Espectador*.

Recuperado de: <https://www.elespectador.com/opinion/cuidado-con-las-palabras-columna-794685/>

Bruzzone, Andrés. (2018). Suicidio, sufrimiento y narratividad. *Horizontes filosóficos*, (8),

36-48. Recuperado de:

[https://www.academia.edu/39175727/Suicidio\\_sufrimiento\\_y\\_narratividad](https://www.academia.edu/39175727/Suicidio_sufrimiento_y_narratividad)

Camus, Albert. (1996). *El mito de Sísifo*. Madrid: Alianza.

Esparza, Pablo. (7 de noviembre del 2018). Lukas Bärfuss: "Lo que hace especialmente duro

un suicidio es que nunca sabrás realmente cuál fue la razón que lo motivó". *BBC*

*Mundo*. Recuperado de: <https://www.bbc.com/mundo/noticias-46054848>

Huertas, Begoña. (1994). El postboom y el género testimonio Miguel Barnet. *Cauce*, (17), p.

165-176. Recuperado de:

[https://cvc.cervantes.es/literatura/cauce/pdf/cauce17/cauce17\\_11.pdf](https://cvc.cervantes.es/literatura/cauce/pdf/cauce17/cauce17_11.pdf)

Instituto Nacional de la Salud Mental. (2015). *La Esquizofrenia*. Recuperado de:

<http://ipsi.uprrp.edu/opp/pdf/materiales/La%20esquizofrenia.pdf>

Jelin, Elizabeth. (2002). *Los trabajos de la memoria*. Madrid: Siglo XXI Editores.

Jiménez Quenguan, M., Hidalgo Bravo, J., Camargo Santacruz, C., & Dulce Rosero, B.

(2011). Una mirada global frente al intento de suicidio. *Revista Unimar*, (58), 27-44.

Recuperado de: <https://studylib.es/doc/7237386/una-mirada-global-frente-al-intento-de-suicidio>



- Jiménez Quenguan, M., Hidalgo Bravo, J., Camargo Santacruz, C., & Dulce Rosero, B. (2014). El intento de suicidio en la población pediátrica, una alarmante realidad. *Revista Ciencias de la Salud*, 12(1), 59-92. Recuperado de: <https://revistas.urosario.edu.co/index.php/revsalud/article/viewFile/revsalud12.1.2014.05/2370>
- Kohut, Karl (2009). Literatura y memoria. Reflexiones sobre el caso latinoamericano. *Revista del CESLA*, (12), 25-40. Recuperado de: <https://www.redalyc.org/pdf/2433/243321003021.pdf>
- Malaver, Nancy. (2012). Literatura, historia y memoria. *Hallazgos*, 20, 35-47. Recuperado de: <http://www.scielo.org.co/pdf/hall/v10n20/v10n20a03.pdf>
- Melero, José. (1993). Paul Ricoeur: la hermenéutica como esperanza crítica. *Ensayos*, (8), 69-82. Recuperado de: <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=2282495>
- Mosquera, Juan. (31 de Marzo de 2013). Carta a Piedad Bonnett. *El Mundo.com*. Recuperado de: [https://www.elmundo.com/portal/cultura/cultural/carta\\_a\\_piedad\\_bonnett.php#.XqSA\\_WhKjIV](https://www.elmundo.com/portal/cultura/cultural/carta_a_piedad_bonnett.php#.XqSA_WhKjIV)
- Organización Mundial de la Salud. (2014). *Prevención del suicidio: un imperativo global*. Recuperado de: [https://apps.who.int/iris/bitstream/handle/10665/136083/9789275318508\\_spa.pdf;jsessionid=7FC105E31F3D3E7053015832702981B0?sequence=1](https://apps.who.int/iris/bitstream/handle/10665/136083/9789275318508_spa.pdf;jsessionid=7FC105E31F3D3E7053015832702981B0?sequence=1)

Oyarzún, Pablo. (1999). Epicuro: Carta a Meneceo. *Onomázein*, 4, 403-425. Recuperado de:  
[http://onomazein.letras.uc.cl/Articulos/4/23\\_Oyarzun.pdf](http://onomazein.letras.uc.cl/Articulos/4/23_Oyarzun.pdf)

Pachón Soto, Damián. (2006). E.M. Cioran o el arte de culminar la vida. *Colecciones Nuevas ideas*, 1, pp. 1-27.

Randall, Margaret. (1992). ¿Qué es y cómo se hace un testimonio? *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, (36) 33-57. Recuperado de:  
[https://www.academia.edu/16060961/John\\_Beverly\\_and\\_Hugo\\_Ach%C3%BAgar\\_La\\_voz\\_del\\_otro](https://www.academia.edu/16060961/John_Beverly_and_Hugo_Ach%C3%BAgar_La_voz_del_otro)

Real Academia Española: Diccionario de la lengua española, 23. ed., [versión 23.3 en línea].  
Recuperado de: <https://dle.rae.es/>

Ricoeur, Paul. (1995). *Tiempo y Narración*. México: Siglo XXI Editores.

Ricoeur, Paul. (2004). *La memoria, la historia, el olvido*. Argentina: Fondo de Cultura Económica.

Rodríguez, Adriana. (2015). Piedad Bonnett, puntos de fuga de una escritura. *Nómadas*, (43), 203-214. Recuperado de: <http://www.scielo.org.co/pdf/noma/n43/n43a13.pdf>

Segura, Camina. (2011). Daniel Segura Bonnett. [Entrada de blog]. Recuperado de:  
<http://danielsegurabonnett.blogspot.com/>

Sierra, Teresa. (2016). *Poética, denuncia y duelo en Lo que no tiene nombre de Piedad Bonnett*. (Tesis de maestría, Universidad Santo Tomás). Recuperado de:  
<https://repository.usta.edu.co/handle/11634/2411>

Tasset, José. (1992). Suicidio y fiesta del yo. El suicidio como transgresión moral definitiva.

A propósito de "on suicide" de David Hume. *Telos*, 1, (1), p 149-166. Recuperado de:

<https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=7169488>

Universidad Diego Portales. (23 de junio del 2017). *Cátedra "Literatura y Duelo" con*

*Piedad Bonnett*. [Archivo de video]. Recuperado de:

<https://www.youtube.com/watch?v=Zxn06zL4TnU>

Valencia, Jonathan. (2015). Lo que no tiene nombre. Manifestaciones del arte en la novela

de Piedad Bonnett. *Universidad EAFIT*, 1-20. Recuperado de:

<https://core.ac.uk/reader/47251851>

Vallejo, Maryluz. (2002). Novelar sin piedad. *Revista Número*, (32), 82-83.

Villa, Catalina. (5 de marzo del 2013). La escritora Piedad Bonnett narró en un libro la

experiencia de haber perdido a su hijo Daniel. *El País*. Recuperado

de: [https://www.elpais.com.co/entretenimiento/cultura/la-escritora-piedad-bonnett-](https://www.elpais.com.co/entretenimiento/cultura/la-escritora-piedad-bonnett-narro-en-un-libro-la-experiencia-de-haber-perdido-a-su-hijo-daniel.html)

[narro-en-un-libro-la-experiencia-de-haber-perdido-a-su-hijo-daniel.html](https://www.elpais.com.co/entretenimiento/cultura/la-escritora-piedad-bonnett-narro-en-un-libro-la-experiencia-de-haber-perdido-a-su-hijo-daniel.html)

Voltaire. (1965). *Diccionario filosófico*. Recuperado de:

[http://biblio3.url.edu.gt/Libros/dic\\_fi.pdf](http://biblio3.url.edu.gt/Libros/dic_fi.pdf)

Wittgenstein, Ludwig. (1922). *Tractatus Logico-Philosophicus*. Recuperado de:

<http://www.pensamientopenal.com.ar/system/files/2014/12/doctrina29684.pdf>

Xamist, Federico. (2009). Poética y crítica literaria. Reflexiones en torno al concepto de

narratividad en Paul Ricoeur. *Revista electrónica de teoría de la literatura y literatura*

*comparada*, (1), 66-76. Recuperado de:

<https://revistes.ub.edu/index.php/452f/article/view/10737>

